

# AENIGMA VENERIS

*Antología de autoras*

**Vegueta**

por Nuria C. Botey

**Dios de Carne y Semen**

por Gabriela Aragón

**Naranja Sobre Negro**

por Ángeles Mora

**Diario de Clona**

por Pilar Alberdi

**Trabajo Sucio**

por María Eijo

**Cuentos a Medianoche**

por María L. Castejón

**Rubí**

por Diana Muñiz

**La Playa del Faro**

por Yolanda Camacho



Carlos Daminsky & Anabel Zaragozí :**Dirección**  
Anabel Zaragozí & Yolanda Camacho :**Diseño de Portada**  
Yolanda Camacho :**Ilustraciones Interiores**  
Anabel Zaragozí :**Maquetación**

1	Prólogo	Carlos Daminsky
2	VEGUETA	Nuria C. Botey
7	DIOS DE CARNE Y SEMEN	Gabriela Aragón
9	NARANJA SOBRE NEGRO	Ángeles Mora
18	DIARIO DE CLONA	Pilar Alberdi
26	TRABAJO SUCIO	María Eijo
29	CUENTOS A MEDIANOCHE	María L. Castejón
40	RUBÍ	Diana Muñiz
51	LA PLAYA DEL FARO	Yolanda Camacho



## PRÓLOGO

Qué quieren que les diga, yo soy muy mal prologuista y el ejemplo lo tienen aquí, cuando me han pedido que escriba el segundo intento, puesto que el primer prefacio era corto y paternalista.

Pero me hace mucha ilusión reescribirlo para esta antología tan especial, en la que solo participan chicas. Pienso que la Historia en general, y la Literatura en particular les debe mucho. Mas que nada el reconocimiento a una labor creativa, que a lo mejor queda en segundo plano comparado con las cuotas que han alcanzado los autores. No. No se trata de un chicos vs. chicas, no. La idea vino a raíz de todo esto, fijándome un poco en el mundo editorial que me rodeaba y en el que los hombres ganaban por goleada. Me preguntaba si quizás el estereotipo de la literatura femenina era algo que estancaba el asunto. ¿Demasiado dulce o rosa? ¿O quizás recargado o neurótico? Nada más lejos de la realidad, como demuestran los cuentos de Aenigma Veneris: contienen riesgo, originalidad, buen hacer y para nada ningún estándar, puesto que las autoras escriben sin complejos.

Llegado a esto diría: «¡Ah, qué bonito y qué bien he quedado defendiendo a la chicas!» Pero no voy a ser yo quien lo haga, porque ellas se defienden solitas. Desde las sufragistas hasta aquellas que gritaban: «¡Nosotras los parimos, nosotras decidimos!» Ya lo vienen haciendo ellas desde hace mucho tiempo. La cuestión es interesarse un poco por la realidad y ver que hay un extenso campo trillado por la literatura escrita por mujeres que para nada merece un segundo plano. Aquí mismo puedo entonar un mea culpa, puesto que si miro mi biblioteca encuentro muy pocas referencias. ¿Y por qué? Porque soy un necio, señoras y señores.

Así que el necio entona una loa por ellas y les hace un homenaje. Y así empecé por leer todas las historias (como curiosidad, desechando algún travestido) que fueron enviadas, cada una con su toque y razón. Y en ese tiempo pensé muchas cosas acerca del mundo en el que vivimos, en el que ellas han tenido que pelear a la contra. Pero en Aenigma Veneris no, aquí pelean de frente con puños y uñas mostrando sus historias, tan interesantes como sorprendentes. Y no es que tengan que demostrar más que los demás, no lo tienen que hacer porque no les hace falta. Ellas cumplen de sobra.

Nada más, disfruten con la antología como lo hice yo, y que toda la labor y el esfuerzo merezcan la pena. Que en definitiva crear un libro es algo portentoso y en este caso con una reunión de chicas, aún más.



## VEGUETA

Las Palmas de Gran Canaria,  
ciudad mágica por antonomasia

La columna lechosa pugna por ascender a las nubes, trazando jeribeques que revolotean y se enzarzan en formas caprichosas. Volutas de humo sin sustancia, juguetonas como gatos chicos trepando por las cortinas del aire.

Pero los arabescos han subestimado al poderoso enemigo que se cierne en su contra. Y es que resulta muy difícil resistirse a la mano férrea de una atmósfera apesadumbrada y marchita como panza de burra que descende sobre las calles, las gentes y los pensamientos, aplastando sin tregua todo intento de ascensión. Son demasiados milibares para plantarles cara y tener éxito, así que cuando las aspiraciones de la columna volátil tropiezan con el puño de acero meteorológico, lo único que ésta puede hacer es retorcerse, ensancharse y buscar la línea horizontal, para acabar aceptando su derrota y desvaneciéndose sin queja.

Dos dedos acostumbrados arrojan la colilla contra el suelo en un gesto automático, mientras cuatro ojos indiferentes —los del encargado del lanzamiento y los de Mayra, su acompañante— siguen con desgana la trayectoria del deshecho: desde las yemas amarillentas hasta su amerizaje en el charco de agua estancada, donde queda hozando junto al bordillo de la acera, entre un cortejo de ondas.

Una vez allí, imitando esa lentitud irrefrenable que precipita al sol del atardecer en su caída hacia la noche, la colilla comienza a absorber el líquido fangoso que rodea su filtro amarillo, empapándose de él hasta quedar plenamente confundida con este nuevo hábitat.

A partir de entonces, y con idéntico tesón al de esos escarabajos que empujan su pelota de estiércol por la arena, el cigarrillo se sumirá en el vacío oleaginoso del charco, resbalando hacia el fondo para ocupar su puesto en la pirámide trófica del ecosistema del suelo, justo entre una hoja pisoteada de col y el cadáver macilento de un mustio boquerón. Pero esa es una historia que ya no importa a nadie, pues cada uno debe enfrentarse con sus propios problemas.

Por ejemplo, Mayra, que se frota los brazos, angustiada. Aún no tiene en el bolsillo su dosis diaria, y ese pensamiento le resulta insoportable, pues sabe que muy pronto la necesitará de veras. Por eso hay que conseguirla lo antes posible, no importa cómo... Así que sus ojos dilatados lo buscan de nuevo a él, que permanece recostado sobre la pared —desconchada

y cubierta por una pátina de contaminación— del edificio más asqueroso de la ciudad, la cual se reduce para ellos a este barrio gris donde subsisten.

El Edificio Más Asqueroso, donde siempre te están haciendo preguntas y tú nunca contestas nada amable ni del todo cierto, porque odias a esa panda de cerdos vestidos de uniforme, que cobran un sueldo a fin de mes por servir a la ley, según dicen.

Pero tú sabes que no es verdad, que a esos sólo les interesa hacer pasar la noche en un colchón mugroso a pobres chicas como tú, que viven como viven sólo porque quieren seguir vivas.

Porque ésa es la mejor vida que conocen... O al menos, la única. Y por mucho que se empeñe la policía, o el concejal de Asuntos Sociales, no van a dejar de vivirla a su manera.

La pared desconchada y gris de la comisaría central es el único lugar del barrio donde a esta hora aún da el sol, de modo que su contacto entibia la piel y relaja los nervios. A menos, claro está, que tus nervios se estremezcan por sí solos cuando la dosis no llega a tiempo, como Mayra bien sabe.

Pero la pared es caliente y medianamente buena, y por eso él —tan lejano, tan dulce, tan tentador y tan perfecto— la usa ahora como respaldo. Igual que un lagarto sobre una piedra, o un gato que se estira en su cesto para que el sol le rasque la barriga. Un enorme gato, que te mira con los párpados entornados durante el segundo más largo de tu vida hasta conseguir que tú bajes la cabeza, avergonzada de estar pisando el mismo suelo que el enorme gato dorado que te mira sólo durante un segundo, haciéndote temblar de gusto al sentirte observada.

Parece dormido, pero Mayra sabe que no lo está. Que él puede pasar mucho tiempo en esa postura, sin moverse ni nada, como si absorbiera el sol por cada poro de su cuerpo. Y no es sólo cosa de la heroína. Es que Nico es así.

Ahora tiene la mano derecha dentro en el bolsillo del vaquero —quién fuera bolsillo, piensa ella, frotándose los brazos con desesperación—, mientras la izquierda le sirve de almohada para evitar que su cabeza roce la tapia mugrienta. Y su mata de pelo largo, medio rizado, más dorado que nunca bajo los rayos del sol poniente, se le escurre por los hombros y sobre el brazo, protegiendo sus oídos de los ruidos de la ciudad.

Mayra le siente lejos del mundo. Lejos, lejos de verdad de su mundo miserable, mundo-murciélago de barriada chabolista, del orden de los quirópteros, especie de los mamíferos, subespecie de los que chupan la sangre ajena en forma de dinero para sobrevivir al caballo que galopa por la propia.

Aunque descanse sobre aquélla, Nico también está lejos de la pared desconchada de la comisaría. Y no sólo de ésta, sino de todas las paredes del mundo, meros escaparates de ciudad para exhibir su carne de compra y venta.

Ésa, ésa es la ley que mejor entiende Mayra: la de la oferta y la demanda. Porque incluso el tabique más indescriptible del último rincón del mundo puede ser un buen mostrador para

la mercancía humana de sexo a granel que ellos mismos representan. Para seguir vivos. Por seguir vivos.

Nico es muy atractivo, y Mayra quisiera que él... Pero él le queda lejos, por más que le mire y le desee. Está por encima de ella, fuera de las crisis de histeria o de la miseria del mono —Mayra no sabe cómo se las arregla, pero jamás le falta su dosis—, así que ella sólo puede estarle agradecida porque le permite hacerle compañía y favores, como meterle los picos de las venas de cuello, que son tan difíciles de poner.

Pero no está bien abusar, de modo que Mayra se limita ahora a clavar sobre él una mirada de ojos asustados, para que se dé cuenta de que le necesita. De que le está necesitando mucho y deprisa, porque ella aún no tiene su dosis en el bolsillo, a pesar de que la noche está al caer. Y si no la consigue pronto, el sudor frío, los temblores y el dolor tampoco tardarán en llegar. Lástima que Nico siga sin inmutarse, tan quieto sobre la pared como el busto de Galdós que languidece en el parque

Mayra no se atreve a llamarle, pues teme verle enfurecer si se siente obligado a despedirse de su sol vespertino antes de que éste desaparezca del todo. Pero tiene que decirle que... Que no le queda bastante dinero, y que si no sale a buscarlo —robar un bolso, atracar a alguien que deja el cajero con las manos llenas de billetes— llegarán los espasmos y las náuseas.

Claro que también podría ir ella sola. ¿Pero qué dirá si me marchó? Seguro que se cae... O que no se da ni cuenta. Y eso sí que sería malo, porque quiere decir que no le importo nada. Además, no me puedo ir, porque me va a entrar el mono, y yo sola no puedo aguantar. Mira, ya me empiezan a temblar las manos... Se me caerá la navaja si él no está a mi lado, fijo que se me caerá.

Mayra vuelve los ojos hacia Nico. No está segura de lo que ve —le viene, sí, la luz de los primeros escalofríos por la espalda y los muslos—, pero al mirarle le parece notar que el tono de su piel ha perdido algo de ese color dorado que siempre le acompaña. Y lo mismo sucede con su pelo entre castaño y rubio, medio rizado y rebelde: aún se le escurre por el brazo, por la frente, por el muro desconchado, pero parece que no brilla igual que antes.

Claro que Mayra no puede estar segura, así que sólo se le ocurren comparaciones raras. Por ejemplo, si él fuera una fotografía, ahora sería una imagen antigua y desvaída, de esas que a veces se encuentran olvidadas entre las hojas de los libros viejos. En cambio, si fuera pintura, una capa fina de pintura plástica, daría la impresión de estar disolviéndose, muy despacito, en agarrás de pino.

Y es que ahora Nico le recuerda a un jersey con un cabo suelto. De pronto, una mano indiscreta tira de él... Y ya ves: el efecto dominó. Los puntos saltan uno tras otro como pulgas bien adiestradas, convirtiendo en madeja de hilo encrespado lo que hasta hace un momento era un suéter calentito.

Pero es que Nico no es un jersey. Ni un jersey, ni una foto; ni siquiera una capa de hermosa pintura plástica adherida a la pared. Es una persona viva y tangible. Real. Quién lo va a saber mejor que Mayra, si apenas hace unos minutos que llegaron juntos hasta este rincón.

Entonces él se fumó un cigarrillo, soplando el humo a bocanadas lentas que dibujaban aros redondos, y después dejó caer la colilla en el charco que aún sigue abierto a sus pies, junto al bordillo de la acera. Mayra le vio tirar esa colilla, y también cómo ésta se empapaba de agua sucia y se iba al fondo, al fondo, al fondo...

Se habían detenido en la esquina de la comisaría para empezar a despertar cuando cayera la noche, porque es divertido —recuerda Mayra— ver cómo los policías salen corriendo detrás de ti mientras amenazan con detenerte por escándalo público si te pones a llamar desde la pared de su Cochina Comisaría Desconchada a los viejos que te miran babeando. Además, ella empezaba a sentirse asustada, porque aún no tenía su dosis en el bolsillo. Pero no se atrevía a decírselo a Nico, porque él estaba apurando el último sol del día, al tiempo que paladeaba el sabor áspero del tabaco recién fumado. Él, Nico, era entonces voluptuoso, angular y curvado como un gato, cuyo lomo dorado lanzase destellos irisados bajo el sol del atardecer.

Lástima que ahora el sol se esté yendo. Pero antes de hacerlo por completo, tira del cabo suelto y vuelca el bote de aguarrás, matizando en tono sepia el papel de la foto. Mayra, sacudida por las primeras convulsiones de la necesidad diaria aún no cubierta —los ojos vidriosos, la piel hecha un temblor desgarrado y las tripas agarrotadas en un retortijón de dolor— ve cómo Nico se difumina, se aclara, se hunde lentamente en la nada del atardecer, junto a la luz que desaparece.

Dentro de unos minutos —fugaces como el saludo de dos conocidos que se cruzan camino del trabajo— las nubes dejarán de ser blancas para teñirse de un vigoroso color rosado, que tornará hacia el malva en cuestión de segundos. Y antes de que puedas darte cuenta, el cielo ya no será azul, sino negro, y las nubes violetas apenas podrán distinguirse de la oscuridad de la noche. Entonces se encenderán las farolas, saldrán a pasear las polillas y los buenos ciudadanos se irán a la cama... Pero esa es una historia que ya no importa a nadie, pues cada uno debe enfrentarse con sus propios problemas. Por ejemplo, Mayra.

Ella podría dar fe de que el sol ha terminado su jornada como todas las tardes, ocultándose al fondo del Océano Atlántico por encima del puerto, de los barcos encallados en la playa, y del barrio triste con las paredes desconchadas, que ahora se convierten en grisalla bajo el influjo de la noche. Sin embargo, hoy ha debido de suceder algo distinto —aunque no sabría decir qué—, porque de pronto Nico ya no está allí, a pesar de que apenas un instante antes fumase tabaco rubio del más barato con la espalda apoyada en la esquina de la comisaría.

En su lugar, Mayra apenas puede distinguir una silueta sobre el muro; algo así como una sombra sensual e indolente más clara que el resto del tabique, delineada por todas las partículas de polvo pegajoso que bordearon su cuerpo mientras esperaban juntos la llegada del ocaso. Y eso la entristece, pues le hubiese gustado decirle adiós con la mano antes de que se desvaneciese del todo. Pero no pudo ser, porque para entonces Mayra ya se retuerce en el suelo entre espasmos sin heroína, con la cabeza apoyada en el bordillo de la acera y el pelo sumergido en el agua podrida del charco, levantando un cortejo de ondas que soliviantan sin pudor el descanso eterno del difunto boquerón.







## DIOS DE CARNE Y SEMEN

No lo he inventado, mi fantasía no da para tanto.

En los resquicios de mi mente deja sus gotas blancas de leche viva, resana las grietas y lo siento en mis tragos dulces escurriendo por mi garganta olvidando mis pecados.

Deshago su carne cuando presiono mi lengua en el paladar; es el cuerpo y la sangre divina, redentor de mis torturas.

Me encomiendo a él y hace llover con su brizna cálida que baña mis áridas memorias, les otorga vida en la convulsión de sus espasmos.

Tengo la certeza de su existencia cuando compruebo el salado sabor de su glande que me llena la boca. Me iré con la desdicha de que después de la vida no existe nada, porque no estará él. Es un temor que consuela frotando mi clítoris y el sosiego es carnal. Después de la muerte no hay dios que me lleve al paraíso, no hay clímax ni gloria. La muerte es una interminable anorgasmia.

Me arrodillo ante él y hunde mi cabeza entre sus muslos... El cielo sobre mí.

Su mirada dibuja un *gratia plena*.

No es humano, pero es divino sin ser el Dios ordinario.

Toca mi corazón saboreando mis pezones, sorbiéndolos hasta dejarlos endurecidos; hunde sus dedos y revienta con ellos la rabia de un calor recopilado por años.

Es la carne hecha Dios, el semen omnipotente vertido en mi piel. Un caminante vagabundo redentor sin más seguidor que mi coño empalado por él.

No es espíritu porque su carne vibra con fuerza y me arrastra arrancándome del suelo con su endurecido miembro. Y colgar de su cuerpo cruz nunca sería sacrificio, no hay clavos en mis extremidades, solo sus dedos entrelazando los míos y su pene clavado en mi raja coronándonos como reyes.

Los dioses vulgares no follan y son castos. El mío me diviniza con cada empalme y reza entre mis labios musitando salmos carnales.

Le entrego mis aguas para que camine por ellas y separe los mares de mis piernas.

Es el universo naciendo en la cópula sagrada... Sangrante.

## NARANJA SOBRE NEGRO

### Gema. C/ Abedules N.º 10

Reconoció aquel sonido sin problemas.

Con el sueño que la arropaba, interrumpido de repente, sus sentidos tardaron unos segundos en despertarse, pero el sobresalto ocasionado por la sirena irrumpiendo en el silencio nocturno no dejaba lugar a dudas: se trataba de un camión de bomberos y se había detenido muy cerca de su casa.

Aún en la cama pero con los sentidos alerta, vio la penumbra de su cuarto alterada por el reflejo anaranjado de las luces y una especie de voces murmuradas que le llegaban lejanas y amortiguadas por los muros de su propia casa.

Con la curiosidad propia en tal situación, abrió la ventana para asomarse a la calle. El volumen de todos los sonidos exteriores aumentó su intensidad inmediatamente y la alarma, y el temor, ocuparon el lugar que décimas de segundo antes ocupaba la curiosidad.

En la acera de enfrente y tres casas hacia arriba, los colores se mezclaban de manera fantasmagórica.

El negro del cielo nocturno como telón de fondo, compitiendo con una nube gris y espesa que amenazaba con extenderse y tapar las estrellas que había en la noche. Reconoció las luces naranjas del camión de bomberos que ahora se mezclaban con otras azules que acompañaban a la policía.

El color blanco tomaba protagonismo arrojado de las mangueras, que intentaban sofocar una inmensidad naranja con lenguas que destacaban en una gama que iba del amarillo al rojo y, como no, el azul de aspecto gaseoso y etéreo que intentaba cobrar terreno.

La policía mantenía alejados a los curiosos que, como una alfombra multicolor, miraban la danza de las llamas que amenazaba con reducirlos a todos a cenizas.

Por suerte, el viento soplaba en otra dirección y la columna de humo se alejaba calle arriba. Más que alejarse, avanzaba, se extendía con su olor acre dando la alarma a los vecinos que aún no se hubieran enterado de la desgracia.

Un grupo de adolescentes pasaba corriendo por debajo de su ventana, alborotados, llenos

de una curiosidad que no se calmaría hasta que notaran en su piel el calor despedido por las llamas...una aventura peligrosa, que no esperaban y que no estaban dispuestos a perderse.

Gema no se decidió a bajar, siempre había sido del tipo de personas que prefiere observar desde la distancia. Así era más fácil fijarse en todos los detalles, sin ser observada, sin sentirse protagonista de nada, sólo miraba las reacciones de los demás.

El grupo de jóvenes se confundió con el resto de la gente.

Había una madre con su hija en brazos, observando a cierta distancia del resto de personas, era como si los demás hubieran emprendido una carrera hacia el espectáculo y ellas se hubieran quedado rezagadas, agotadas y paralizadas frente a la masa rugiente en la que se había convertido aquella casa.

Su vecina de enfrente, la anciana señora Manuela, abrazaba a su perro fuertemente agarrado entre sus brazos, sin atreverse a abandonar la seguridad que le proporcionaba la puerta de su hogar.

Gema sabía que estaba sorda como una tapia, así que no acertaba a adivinar qué o quién la habría despertado.

Los bomberos seguían esforzándose en su lucha contra las incansables llamas que cambiaban de color según el material que fueran devorando.

No podía apartar la vista de aquella conjunción de colores en la que se había transformado su calle. Era estudiante de arte y estaba maravillada con cada cambio cromático, con cada variación de tonos que pudiera inspirar sus pinceladas sobre un lienzo de inmaculado blanco.

De pronto a sus oídos llegó un sonido que lo inundó todo. La alfombra multicolor que formaban los mirones retrocedió entre gritos de exclamación.

El aire impulsado desde abajo agitó la nube de humo que se extendió violentamente y el cielo fue salpicado por millares de diminutas estrellas naranjas e incandescentes que emprendieron el vuelo.

### **Manuela. C/ Abedules N.º 25**

Se volvió a meter en la cama, como todas las noches. La vejez no la dejaba descansar con sueños largos, las noches y los días pasaban con una sucesión de cabezaditas. Sueño intermitente, lo llamaba su hijo Arturo.

Su cuerpo respondía bien para los 71 años que soportaba. Sus huesos y sus ojos aún se portaban bien con ella, pero sus oídos la habían abandonado, habían dejado sus noches sumidas en un incómodo silencio al que había acabado por acostumbrarse.

Arturo la había llevado a un especialista que le había dado un pequeño aparato, pero ella sólo lo usaba durante el día. Había resultado ser una condición no negociable si quería se-



guir viviendo en su casa, porque su único hijo pensaba que estaba demasiado mayor para vivir sola.

Las noches se le hacían eternas y entre sueño y sueño paseaba por la casa para estirar las piernas, intentando no despertar a Bruno, su mascota, su compañero incondicional.

El pequeño perro estaba acostumbrado a los paseos nocturnos de su dueña y tumbado en su cesta, alzaba las orejas, abría sus vivarachos ojos y después volvía a su postura inicial, tranquilizado por la rutina de todas las noches.

Aquella era la tercera vez que se metía en la cama y alisaba sobre su cuerpo el embozo de las sábanas que la cubrían; como todas las veces anteriores, se durmió pronto.

La despertó 20 minutos después algo húmedo y áspero sobre la cara.

Aquel roce a medio camino entre lo suave y lo rasposo, consiguió sacarla de su sueño.

—¡Bruno! ¿Qué haces aquí?

El perro estaba inquieto. Manuela miró alrededor, continuaba siendo de noche, pero el animal tiraba de la sábana con sus dientes, como si hubiera llegado la hora de levantarse para comenzar las labores rutinarias del hogar.

—¿Qué pasa? ¿Quieres que me levante?

Se incorporó en la cama y cogió de la mesita de noche el aparato que le devolvía los sonidos. Con el sentido del oído devuelto por la tecnología, comenzó a distinguir voces que llegaban desde la calle.

Con el pequeño guardián protector en brazos abrió la puerta. Había personas que corrían calle arriba, unos en pijama, otros envueltos en batas y albornoces y los que más con aspecto de haberse puesto encima lo primero que habían cogido.

Salió a la acera y miró en la dirección hacia donde se dirigían los pasos apresurados de los que pasaban por delante de su casa.

Un resplandor anaranjado le llenó la vista y el instinto hizo que apretara contra su pecho al animal peludo que la había despertado.

Sólo dos casas la separaban de aquella descomunal hoguera.

No quiso acercarse, se sentía más segura en su casa y, de todas formas, a sus años tampoco sería de mucha ayuda.

Con la espalda apoyada en la seguridad de su puerta y con su mascota aún entre los brazos, vio el desfile de personas que acababan concentrándose en el mismo lugar, con el mismo objetivo y con las mismas ganas de contarle al día siguiente al que se lo hubiera pedido.

Bruno lanzó un ladrido lastimero, temeroso, y se encogió entre los brazos de su dueña. Manuela notó el nerviosismo de lo que se había convertido en un ovillo de pelo que se refugiaba en su abrazo.

El estruendo llegó hasta su aparato, informando a su cerebro de que algo horrible había pasado bajo las llamas.

**Antonio. C/ Abedules N.º 31**

Aquella noche de sábado prometía.

Se cumplían diez años de su matrimonio y él y Eva lo tenían todo planeado.

Su hija Esther pasaría el fin de semana con sus abuelos maternos y la pareja tendría casi 48 horas para disfrutar de una intimidad bien merecida.

Habían pasado el sábado paseando y recordando viejos tiempos, para acabar con una espléndida cena en uno de los restaurantes más románticos de la ciudad.

No era un capricho que se pudieran permitir muy a menudo, Antonio era funcionario del Ayuntamiento y su sueldo no se lo permitía, pero la ocasión merecía ser disfrutada sin miramientos.

Lo tenía todo pensado, el domingo por la mañana sorprendería a su esposa con un sustancioso desayuno en la cama, para reponer fuerzas, porque Eva había pasado por una de las tiendas más exclusivas de la ciudad y celebraría su aniversario con lencería nueva, sugerente, sexy y, por supuesto, carísima.

Normalmente se conformaba con mirar el escaparate de aquella boutique, con lo que pedían por unas braguitas ella podría comprarse unos zapatos o un vestido para la pequeña Esther, pero un día es un día y ellos habían puesto muchas ilusiones y fantasías en aquel fin de semana.

Seguramente, el lunes tendría dolor de estómago por los remordimientos, pero no todas las parejas son capaces de celebrar diez años juntos y se ruborizaba como una quinceañera imaginando la cara de Antonio cuando viera el modelito escogido para la ocasión.

Todo había ido saliendo a pedir de boca, la cena había resultado perfecta y el ligero sobre las caderas de Eva llenó la noche de promesas subidas de tono, promesas que pondrían la guinda a una noche que habría resultado mágica.

A la luz de unas velas colocadas en el dormitorio, arropados sólo por su canción favorita, Antonio fue acariciando las curvas de Eva. Unos violentos golpes en la puerta de la casa irrumpieron en el encanto del momento.

Mientras Antonio se envolvía en su albornoz, los golpes siguieron maltratando la puerta y sus oídos. De mal humor, por lo inoportuno de la interrupción, abrió para encontrarse de frente con un uniforme.

El agente no le dejó ni dar las buenas noches de réplica, con una voz algo gritona, por el nerviosismo, por las prisas o por ambas cosas, le dio la información que le había llevado hasta allí y se despidió con un “adiós” que sonó a orden militar.

Corrió hacia el dormitorio, donde aún sonaba su canción al fulgor de las velas y encendió la luz con la sorpresa todavía reflejada en su rostro.

—Tenemos que salir de casa —explicó a su mujer mientras colaba sus piernas en los pantalones—. La casa de Jaime y María está ardiendo y la policía ha venido para que evacuemos porque no tardará nada en que esto se llene de humo.

A toda prisa Eva cubrió el precioso conjunto interior con unos vaqueros y una camiseta, mientras terminaba de escuchar a su marido.

—El parquecito de al lado nos protegerá del fuego, pero el humo nos asfixiaría en cuestión de minutos.

Con el estupor cerrando su garganta Eva salió de la casa seguida de cerca por su marido y al ver aquel trozo de infierno su primer pensamiento fue para la pequeña Esther, por suerte estaba bien lejos, lejos de aquella horrible visión y de sus consecuencias.

Antonio abrazaba a Eva, refugiados en la acera de enfrente y viendo su casa peligrar a cada momento.

Hasta que aquel fuego estuviera sofocado no respirarían tranquilos.

Definitivamente, no olvidarían nunca su décimo aniversario de bodas, y esa idea quedó fijada en su cabeza cuando, ante la mirada de todos los presentes, el tejado de la casa desapareció engullido por el fuego.

### **Inés. C/ Abedules N.º 27**

Oyó la vocecita de Miriam desde la habitación de al lado.

La sed la había despertado y pedía agua con la insistencia infantil propia de los dos años que tenía, hasta que su madre encendió la lamparita junto a su cama.

Con los ojos entornados para acostumbrarse al cambio de luz, la niña esperaba a que Inés llegara desde la cocina.

La madre se movía adormilada, con movimientos que rayaban en el sonambulismo hasta que, de manera mecánica y por pura costumbre, miró por la ventana mientras abría el grifo.

Todo el sueño que sentía desapareció de repente. El vello de su cuerpo se erizó de terror y su mirada quedó paralizada, atrapada en el resplandor que veía en la casa de al lado.

Aquel baile de luces y sombras en la oscuridad de la noche no podía significar otra cosa. Todos sus recuerdos se agolparon de pronto en su mente.

La voz de Miriam volvió a sonar insistente desde su cama y el agua se desbordaba del vaso que seguía debajo del grifo.

El pensamiento de Inés en esos momentos estaba muy lejos de aquella cocina.



Ahora se veía asustada y desorientada en un pasillo lleno de humo espeso y asfixiante que le impedía avanzar. Podía sentir el escozor de sus ojos irritados, el dolor en la garganta reseca y el latir desesperado de su propio corazón abatido entre el miedo y la falta de oxígeno.

Recordaba el mareo que se apoderó de su cabeza sin dejarla pensar.

En la oscuridad de su cocina, un sudor frío la envolvía junto con aquellos recuerdos.

Unos tirones de su camisón la sacaron del trance de su memoria y la carita de su hija apareció allí, mirándola desde abajo, con ojos adormilados y unas manitas extendidas que esperaban el vaso de agua.

Inés sentó a la niña y le dio de beber mientras, a toda prisa, en el teléfono marcaba el número de emergencias.

Una telefonista de voz clara y decidida comenzó a hacerle preguntas ante la alarma que Inés sentía en su interior.

Mientras hablaba pudo ver cómo las llamas avanzaban en su afán por devorar la casa y ahogó un grito para no asustar a la pequeña Miriam.

La diligente señora del otro lado del teléfono, le informó del aviso a los bomberos y a la policía y, tras recomendarle que abandonara su hogar, cortó la comunicación.

Por suerte, recordó que Jaime y María pasaban los fines de semana en un pueblo de la sierra, y eso calmó sus peores recuerdos dándole más capacidad de reacción.

Mientras se ponía un vestido encima del camisón que llevaba puesto, escuchó el sonido de las sirenas.

—Han sido más veloces que la otra vez —pensó aliviada, tomando a Miriam en brazos y abriendo la puerta de su casa.

Los vecinos de la acera de enfrente se asomaban a las ventanas, alertados por las sirenas y en cuestión de minutos su calle se llenó de personas que curioseaban la labor de los bomberos. La policía colocó una barrera para preservar la seguridad de los mirones y ella, con su hija en brazos, caminó a contra corriente.

Sus pasos iban en dirección contraria a los pasos del resto de personas, que se dirigían a contemplar las llamas. Inés prefería alejarse, con un fuego visto de cerca había tenido suficiente.

No quería volver a sentir en su vida el abrazo sofocante de aquel calor inaguantable para la carne humana, aquella sensación de quemadura en sus pulmones que se esforzaban por respirar aire donde no lo había.

De pronto, aquel ruido espantoso llenó sus oídos.

Por unos instantes pensó que su imaginación le estaba jugando una mala pasada, pero los gritos de las personas que observaban expectantes, le dio visos de realidad a lo que estaba sintiendo.

Cerró los ojos y volvió a sentir sus piernas atrapadas y las llamas lamiéndole el torso y la espalda.

El ruido se repitió una y otra vez en sus oídos, en una especie de eco que la atormentaba y la acercaba a una angustia que había creído superada.

El simple recuerdo de aquella situación hizo que las cicatrices de su cuerpo volvieran a dolerle como quemaduras recientes.

Sólo el sentir la cabecita de Miriam, que se había vuelto a dormir sobre su hombro, le dio fuerzas para pararse y mirar a aquel monstruo que siete años antes había amenazado con arrebatarse la vida.

### **Sergio. Parque de bomberos municipal**

Terminó de cenar pronto y se tumbó en la cama para leer la última novela de su autor preferido.

El resto de compañeros se entretenía viendo la televisión o jugando a las cartas. Llevaba un año trabajando con ellos y los sentía como si formaran parte de su propia familia. Durante su preparación le hablaron de la importancia del compañerismo y de la unidad del equipo, pero hasta que salió a la realidad de su trabajo, fuera de los simulacros y de las clases teóricas, no comprendió lo importante y lo necesario que era que todos se sintieran parte de un mismo cuerpo.

Cada miembro del equipo tenía clara su misión y su modo de proceder, pero la comunión que existía entre ellos, debía hacerlos trabajar como uno solo.

Un mismo pensamiento atacando desde varias partes a la vez. Sólo así conseguían dominar al fuego, que no era tan dócil ni tan previsible como ellos quisieran.

Aquella guardia estaba resultando tranquila y sólo quedaban las horas oscuras hasta el amanecer para que acabara. Otros compañeros con la misma devoción por su trabajo tomarían el relevo.

El timbre de alarma llenó el interior del edificio y su mente quedó automáticamente en blanco.

La lectura quedó abandonada sobre la cama deshecha y Sergio se precipitó hacia el lugar donde esperaban los camiones, preparados y listos para cualquier emergencia en cualquier momento. En pocos minutos el equipo había alcanzado los trajes ignífugos, las pesadas botas y los cascos y abordaban el camión, que arrancaba sin pérdida de tiempo haciendo sonar las sirenas.

Por el camino fueron informados por el jefe de equipo de la dirección y la magnitud de la emergencia. Cuando llegaron, la policía ya estaba acotando la zona para que pudieran trabajar sin preocupaciones añadidas.

Al parecer, la casa se encontraba vacía y eso le restaba presión a su labor, pero no hacía menos peligroso su trabajo. Todos sabían que el fuego es un enemigo que no admite la menor vacilación y como a tal monstruo implacable lo enfrentaron.

Sergio podía sentir el azote ardiente que despedían aquellas llamas y la fuerza que ejercía sobre sus brazos la presión con la que salía el agua de la manguera que sostenía.

El humo se elevaba como una columna densa e inmóvil que pronto el viento empezaría a extender.

Comenzó a notar el peso del chaquetón ignífugo sobre sus hombros y su respiración dificultosa dentro de aquel casco.

Era el incendio más grande al que se había enfrentado y su violencia crecía con la cantidad de materiales que devoraba.

Cuando desde el exterior el fuego quedó controlado, para que no se extendiera a las viviendas vecinas, llegó el momento de atacarlo desde dentro.

Por suerte, el pequeño parque infantil que había a la izquierda de la casa, dificultaba que las llamas saltaran a la casa vecina, pero la que se encontraba a la derecha del incendio, tuvo que ser mojada para evitar que alguna lengua de fuego lamiera sus partes más vulnerables y ardiera también.

De un golpe seco la puerta fue franqueada y la voz de Sergio comenzó a sonar por el equipo interior de los trajes que transportaba el sonido de una emisora a otra.

Abriéndose paso con la manguera, Sergio fue ganando terreno.

Caminaba con precaución ensayada entre aquella luz anaranjada y el negro de las paredes quemadas que aparecía tras las llamas reducidas.

Un estruendo gutural rodeó al hombre sin que su cerebro tuviera tiempo de reconocer el punto de donde procedía.

Sergio sintió un peso que le arrancó la manguera de las manos y lo aplastaba contra el suelo impidiendo que sus pulmones tomaran el oxígeno que necesitaba su cerebro.

Después, la oscuridad se apoderó de todo. Desapareció el fuego, el calor, el humo y el pedazo de cielo que vio a través del tejado desplomado. Todo desapareció de su vista... todo desapareció de su vida.

### **Jaime y María. C/ Abedules N.º 29**

La visión de su hogar reducido a cenizas les llenó de un sentimiento difícil de explicar. Era como ver sus vivencias quemadas, como descubrir el esfuerzo de toda su vida reducido a un montón de escombros ennegrecidos.

Rodeados por sus hijos, el matrimonio dio gracias al cielo porque el cortocircuito hubiera



tenido lugar en sábado.

María sintió que se desmayaba cuando, al recibir la noticia, su mente voló hacia la hipótesis de que el incendio les hubiera sorprendido dormidos en sus camas. Tal vez el humo los hubiera matado antes de ver ni siquiera una llama. Jaime temblaba sólo de pensarlo.

Ajenos al efecto que aquella desgracia había causado en cada uno de sus vecinos, ellos tenían el alma anegada en su propia forma de sentir.

Era una mezcla extraña la que habían sentido en aquel cementerio. Una conjunción de sentimientos que albergaba la tristeza, la impotencia y el agradecimiento... que se mezclaban con las lágrimas derramadas por aquel joven que perdió la vida tratando de proteger y salvar algo que les pertenecía a ellos.

Aquel sentimiento hacía encogerse hasta desaparecer su propia desgracia. Lo que menos importaba, de todo lo que se había perdido en aquel incendio, era la propia casa.

Aquella vida sacrificada subiría al cielo impulsada por el humo y escoltada por los recuerdos de una familia.

Jaime y María lloraron ante la solemnidad de sus compañeros y ante las lágrimas de una madre que lloraba a un hijo, no a un bombero.

... sur le cyprès de l'Arabie.  
Le sur de gomme arabique.

... les noix d'ivoire d'Inde, pour faire  
... le safran et les gomme arabique  
... d'huile d'olive, une  
... la vinaigre est mis, pour  
... et réunir le tout ensemble, en  
... la résine à la fin.



## DIARIO DE CLONA

Las condiciones básicas para acceder a clonarse son:

1. Poder pagar el proceso.
2. Ser considerado un ser excepcional por alguna razón especial y justificarlo con más de 100.000 milifirmaselectrónicas.

Con estos datos basta, por ahora.

¡Atención! ¡Atención! Soy Clona.

Este aviso es para ti. Estás en mi diario.

Y no creo estés autorizado a leerlo. Stop.

### 1

24 de diciembre de 2050. Newspaper S. A.

De nuestro corresponsal Oído Solemn en Nueva York. La cantante Sue Smith, en realidad Sue Penguin de Ohio, afincada en Nueva York, y acompañada de su asistente Hermanita Martinita de una isla del caribe, tuvo un accidente en una de las mininaves de AirJuvenal, de nombre «vehículevagine», de la que la cantante era la principal accionista, y a la que puso dicho nombre en honor de las antiguas feministas. Un caso curioso teniendo en cuenta su personalidad.

Aunque Sue Penguin siempre afirmó ser Sue Smith, sabemos que en realidad se llamaba Carmen España, y era oriunda de un lejano pueblo de nombre Mil Inmobiliarias Fuente del Capital.

Los voceros de la red de Multisistems Communication, también propiedad de Air Juvenal, no dudaron ni un instante en hablar del caso como un «luctuoso regalo de navidad para sus allegados, amigos, familiares, y admiradores. Este año —dijeron— hemos tenido un daddy Noël malo, malo, muy malo».

Y no íbamos a ser nosotros los llamados a contradecirles, aunque es oportuno informar



que las acciones de Air Juvenal bajaron durante la hora siguiente a conocerse la noticia del fallecimiento de la cantante para volver a subir unas horas más tarde con todo su vigor en cuanto se conoció la decisión de la Junta de Accionistas de cumplir con la voluntad de clonación de la actriz. De este modo, jamás podrá faltar a la prestigiosa firma, la imagen de su fundadora y para siempre presidenta de honor, Sue Smith»

Aquí he llorado. No he podido evitarlo. Oído Solemn es un gran periodista.

También me gusta ver cómo la idea de mi creación hizo subir las acciones de la compañía desde el primer día. Me han enseñado a creer que eso es bueno.

«Por eso sus fans se alegraron tanto cuando el nuevo presidente de la compañía AirJuvenal, el señor Aki Nara de Nara comunicó la decisión del consejo de cumplir con el testamento de la cantante. Una de sus últimas decisiones incluía la voluntad de ser clonada en caso de invalidez o accidente mortal. En ningún momento la cantante dejó escrito que su cuerpo fuera donado a la ciencia como han comentado otros medios. Lo cual habría sido un gesto poco apreciado por sus fans.

Respaldaban las palabras del presidente del Consejo de la Junta de Accionistas, el resto de los consejeros de la compañía compuesto por diez hombres y dos secretarías ejecutivas de los presidentes presentes en la rueda de prensa. Todos mostraban serenidad pero en sus rostros se podía distinguir la tristeza. Muy especialmente en el rostro del señor Aki Nara de Nara con quien al parecer la cantante y actriz mantenía relaciones íntimas según pudo saber este corresponsal de muy buena fuente, noticia anticipada, además, en el día de hoy, por los principales medios periodísticos, entre ellos, algunas de las más conocidas revistas del corazón de la Galaxia Láctea, reunidas en Gossip Magazine Gea y Extramuros Avance Soggy.

La cantante, como otros famosos, mantuvo hasta el último momento de su vida, el rechazo a clonarse antes de la vejez debido a los sonados casos de algunos artistas quienes por hacerse clonar en plena juventud vieron en vida cómo eran sustituidos por sus dobles. Ha sido el caso de los clones de la actriz Marylin Na y del cineasta Matheu Dracus Junior, entre otros. También les sonarán a ustedes los casos de Andrew Money y de Eva de Adán. ¿Recuerdan aquella maravillosa teleserie de cruceros por las islas? Seguro que sí. En fin, que las clonaciones para estas personas, tuvieron consecuencias terribles. Algunos terminaron sus días en la ruina, y no pocos decidieron acabar con la suya tras caer en el mundo de la droga, la cleptomanía, el tráfico sexual, la bebida, y odiar y maldecir hasta el infinito a sus propios clones. ¿Recuerdan el caso del modista Ce Fashion arrojándose desde el piso 70 del Odysseus Building?

Sin embargo, la pregunta vigente hoy, es la misma de hace veinte años:

—¿Quién desea tener niños?

—Nadie.

Por ello, la simple respuesta es: «tener un clon».



«El accidente ocurrió en el punto negro de la carretera A545DobleA545 que va de Nebraska a la finca de la actriz Sue Smith...

La finca cuenta con 500.000 cabezas de ganado, por los que la actriz recibió recientemente una altísima multa por emisión de gas metano —que como ella dijo pagaría Air Juvenal, como apoderada de todos sus negocios— en Láctea Gea.

La cantante, actriz y empresaria se quejó en esa ocasión porque los Reservistas de Medio Ambiente Reunidos al sud- sudeste del Polo Norte —recordemos que allí ya no hay hielo ni nieve— no hubiesen valorado los otros beneficios a los que se destinaba el estiércol recogido, el cual tras haber sido manufacturado era destinado a convertirse en abono orgánico, e incluso en ladrillos para los planetas pobres. Y desde luego, en su finca «no trabajan niños», aclaró.

Pero volviendo al tema que nos ocupa y pedimos disculpas al generoso público, nuestros queridos lecto-oyentes, por esta digresión, que también nos permite conocer mejor a la famosa cantante. Aquí hago un inciso... Gracias y continuamos. Seguimos en onda emitiendo desde el punto negro de la carretera A545DobleA545 que va de Nebraska a la finca de la cantante, actriz y empresaria Sue Smith.

Como decíamos: los restos de ambas mujeres, quedaron esparcidos en un radio de varios metros alrededor de la vehículavagine.

Un testigo dijo:

—Fue una matanza en toda ley—. Y sus palabras asustaron a los que estaban allí mirando. Por detrás suyo, las vacas de la finca de la señora Sue Smith, de las que una de ellas, había sido la causante del accidente, también miraban.

Atardecía cuando el encargado de la recogida de los restos, el señor Lindan Lindon, subrayaba con eficacia desmedida en la plantilla de su oficina portátil Visualrapid, también invento patentado de la compañía Air Juvenal, la necesidad de aclarar lo sucedido.

Por el oeste se escapaba el sol, y era por ese lado del cielo donde aún estaba más claro. Eso dijo Lindan Lindon, a su ayudante del laboratorio, pues tanto tiempo hacía que no veía una puesta de sol que estaba sorprendido.

—Oye, Marvin... Aquí se ha puesto el sol. Es imposible recoger muestras. ¿Me creerías si te digo que no se ve?

—¡Inténtalo! Lindan Lindon —gritó desde tan lejos Marvin—. Eso o nos quedamos sin nuestros puestos.

—Está bien... —contestó a regañadientes Lindan Lindon, agachándose y recogiendo algo del suelo—. ¡Ya lo tengo!

Unos meses más tarde, nació yo, Clona Sue Smith.

Sólo una persona me comprendió en esta vida. Esa fue... Pero lo contaré por el principio. Empecemos...

A causa de aquel trocito que recogió aquel tipo de nombre y apellido Lindan Lindon, quedé convertida en Sue Smith. Pero ya desde el comienzo de mi existencia supe que había en mí algo más de Clona que de Sue o de Smith o de Pinguin o de Carmen como también dicen que se llamaba. Aunque esto último no me lo creo. En cualquier caso, aquellos nombres no me decían nada.

Las primeras personas que me atendieron en esta vida fueron los empleados de Air Juvenal, en el área dedicada a Clonación. Ellos me crearon. Y luego me entregaron a los que me debían criar.

En el área en que me crearon estaban especializados en la clonación de astronautas y científicos. Había otra área que sólo clonaba a los que podían pagarlo. Y una más, destinada a los que lograban juntar las 100.000 milifirmaselectrónicas de apoyo. Sin embargo, en el caso de su directora propietaria hicieron una excepción.

El laboratorio contenía las fotos de los más distinguidos científicos, y a partir de aquel día, también figuró entre ellos Sue Smith.

El rito por el que fui dada a conocer al mundo fue por la prensa interestatal galáctica. Y a esto le llamaban «públicanascere»

Un recorte periodístico de la época firmado por Oído Solemn, no el anteriormente citado, sino su clon, pues el anterior consiguió las firmas necesarias para obtener una clonación antes de su fallecimiento, narró el suceso de la siguiente manera:

«Un emocionado Aki Nara de Nara —clon del anterior director del mismo nombre—, el actual superpresidente de la World Corporación Air Juvenal, Division Clonning y demás adjunciones, presentó al mundo a la nueva Sue Smith.

A continuación desde la dirección de gerencia y métodos de publicidad emitieron el último video show de la cantante en la que se podía ver a la actriz en los entierros de sus amigos, la también actriz Eva de Adán y el cineasta Matheu Dracus Junior, como saben fallecidos a causa de los disgustos que les causaron sus clones.

También pudieron ver los espectadores y el público en general, un musical donde la popular Sue Smith acababa la actuación arrodillada sobre un escenario y agradeciendo con lágrimas en los ojos el favor del público en una pose muy parecida a la del antiguo cantante de rock del Missisipi, aquel genial, aquel veterano, aquel inigualable... Bueno, lamentamos no recordar su nombre, ahora, pero ustedes saben quién fue, sin lugar a dudas. Aunque el pobre no se haya clonado.

¡Sí señores! Buenos tiempos para el periodismo, para el poder de Galaxia Láctea, para la Air Juvenal, y para esta jovencita que ha nacido al mundo con una estrella en la frente.

¿Recuerdan el cuento de Estrellita? He aquí la nueva Sue Smith. Una chica con buena estrella. Una chica con fortuna»

#### 4

Desde el primer momento todo el mundo tuvo claro quién debía ser yo.

Mis criadores por ejemplo, entre los que no faltaron especialistas en diversas áreas para hacerme lo más parecida posible a la anterior Sue Smith.

Su objetivo dado que genes y ambiente se correlacionan, y no se contaba con ningún familiar vivo de la anterior Sue Smith ni el mundo era ya el mismo, consistía en reproducir, en la medida de lo posible, las características de aquel entorno y situación. Como saben, no basta una célula madre para hacer un clon, ni un buen laboratorio.

Hace falta todo eso, más el ambiente indicado. Las nuevas técnicas de estadística y probabilidad eran precisas al respecto.

Como no estuve en mi «públicanascere» por mucho tiempo creí que era una niña normal viviendo en una familia normal. Yo era Sue Smith y tenía una mamá, un papá, una muñeca, una casa con jardín...

Se veían muchos niños como yo en las noticias. Se decía de ellos que millones pasaban hambre, trabajaban como esclavos, eran abandonados en las calles o secuestrados para convertirlos en soldados de guerras casi coloniales...

Yo, evidentemente, era una privilegiada, y me mantuve en esa idea durante mis primeros años. Hasta los siete exactamente. Ese día, el día de mi séptimo cumpleaños, mi madre trabajaba de noche, y quien figuraba como mi padrastro entró a mi habitación y acostándose en mi cama y no sin antes colocar a mi osito Teddy entre ambos puso sus manos entre mis piernas, y un dedo en su boca indicando que hiciera silencio, y cuando no lo hice, Teddy chocó brutalmente contra la pared y se dio un golpe en la cabeza, y su llanto pudo oírse toda esa noche y luego muchas más.

Durante el resto de mi vida estas y otras imágenes aparecen en sueños.

—Pesadillas —decían los especialistas—. La vida de Sue Smith.

Pero entonces no lo sabía. Era la parte oscura de ser un clon. Se trataba de reproducir con todo detalle una vida. Actrices y actores haciendo de madres, de padres, de tíos, de hermanos, de amigos... Se trataba de reproducirlo todo: el color de la cerca de madera que separaba nuestra casa de la de los vecinos, los carteles del anuncio de la bebida de moda, la forma de hablar de esos años, los programas de la televisión, las promesas electorales de los políticos, la ropa de moda, la voz de la niñera, la frialdad o el afecto de la madre, el abandono o los cuidados del padre, los juegos de los alumnos en el patio de recreo, la maestra...

Quedé embarazada a los doce años y tuve un aborto. Para entonces mi madre dividía su vida entre las pastillas para dormir, el alcohol y la prostitución. A los catorce años pasé a una

familia de acogida. A los quince a otra. En todas partes Teddy continuó siendo brutalmente golpeado contra la pared y dándose golpes en la cabeza y gimiendo todas las noches... hasta que dejó de llorar. Entonces tenía dieciséis años y había entrado en un internado para menores.

Cuando salí de allí comencé a cantar en la calle a cambio de unas monedas. Alguien se apiadó de mi cuerpo entumecido por el frío del invierno y el calor del verano y entré a trabajar en una discoteca como camarera unas horas y como cantante, otras. Y todavía en esa época, oía entre sueños llorar a Teddy... Allí me conoció un representante de cantantes quien se encargó de hacerme grabar mi primer disco, eso sí, quedándose con un buen tanto por ciento de los beneficios. Y no fue el único. Encontré muchos cretinos como aquél, y aún así, les estoy agradecida. Poco después conocí a un hombre rico, ya mayor y enfermo. Con él di mis primeros pasos en una pequeña empresa discográfica de la cual llegué a ser directora ejecutiva justo en el tiempo en que Air Juvenal la compró.

Me había convertido en Sue Smith. Era un producto. Y para Air Juvenal y el mundo ya podía ser clonada nuevamente. Sólo que... surgió un problema, y ese problema: era yo.

## 5

Hasta ahora no dije que Sue Smith era un clon de otras Sue Smith anteriores, como yo lo fui de ella.

Muchas veces pensé en su martirio que fue también el mío. Para ser Sue Smith había que pasar por todo lo que pasé que no era otra cosa que todo lo que habían pasado ellas.

En algún tiempo debió haber una verdadera Sue Smith, la primera.

Pero yo, estaba decidida a ser la última. En mí se acabarían todas las Sue Smith de la Galaxia Láctea. Todas, sin excepción. Y era algo que no podía comunicar a nadie.

Continué recibiendo las remesas de dinero que me enviaba la Air Juvenal.

Las máquinas contestaban por mí a los millones de fans, a quienes no conocía de nada. Millones de mails salían disparados hacia todas las latitudes. A ellos se sumaban fotos interactivas en los que podían hacerme preguntas, o saludarme dándome la mano o un beso. Todos comunicaban que la sensación era casi verdadera, y evaluaban positivamente la disposición de acercamiento lograda por los técnicos de comunicación de Air Juvenal en su filial comunicación. Se creó una línea erótica, y la imagen de Sue Smith se convirtió en un producto sexual deseable y acariciable. La imagen era de una Sue Smith diez o veinte años más joven que yo, por supuesto.

Pero siguieron apareciendo problemas. El color de mi cabello, por ejemplo. Se esperaba que naciera rubia pero fui morena. La anterior Sue Smith fue delgada y yo tenía tendencia a engordar. Los ojos verdes de aquella mujer tendían en mí a mostrar manchas castañas.

La Air Juvenal superó estos problemas haciéndome teñir el pelo; poniéndome lentillas verdes para los ojos, y obligándome a seguir severas dietas adelgazantes con productos die-



téticos producidos por filiales de Air Juvenal que, además, debía ayudar a promocionar con una obligada sonrisa de satisfacción y autocomplacencia.

De todas las características que Sue Smith no tenía y yo sí, estaba la de que me gustaba limpiar. Siempre me gustó limpiar. La especialista en clones dijo que de una manera obsesiva. Y no pudo entenderlo nunca. ¡Con el dinero que ganaba! ¿Cómo podía una chica como yo limpiar a todas horas de manera casi compulsiva? Además estaban las galas... Propaganda para la Air Juvenal. Allí donde iba Sue Smith arrasaba, y con ella, la Air Juvenal subía sus cotizaciones en bolsa.

Y aún había algo más que yo no tenía, y la anterior Sue Smith sí: una buena voz. Yo actuaba con la voz de ella, pero nunca con mi propia voz. Algo que nadie sospechó. Luego pasó lo que pasó...

## 6

Poco a poco dejé de acudir al salón Beautiful People Memorial, el más fabuloso de la ciudad. La mayoría de nosotros como la clase distinguida en que nos habíamos convertido nos reuníamos allí algunas noches hasta altas horas de la madrugada y la gente acudía a vernos. Éramos un producto dentro de sus fantasías...

Hablaban más o menos así de nosotros...

—¡Míralos! ¿A qué parecen de verdad?

—¡Son de verdad!

—Por supuesto, querida. Lo son. A su manera.

—¡Claro que son de verdad! ¡Lo que daría por ser uno de ellos y estar en su lugar!

—¡Fíjate en ése! ¡Pero si es el vivo retrato del Gaby Milk, el disk jokey de moda de los 90! Y aquella... ¿No se parece a la malograda Sue Smith? ¡Pero si es ella! ¡Es la nueva Sue Smith!

Eran mis fans. Y yo sabía cumplir con ellos. Aún debía hacer mi papel.

Les envié un saludo con la mano y a continuación un par de besos por el aire que ellos recogieron en sus manos y colocaron en sus labios. Creo que en ese momento fue cuando el fotógrafo del newspaper Quirk of fate («Un capricho del destino»), me hizo una foto. Esa era yo. Una artista. La famosa Sue Smith. O al menos lo parecía. Siempre lo parecí. Era una profesional.

Pero nadie sabía ni comprendía todo el dolor por el que habíamos tenido que pasar para ser quiénes éramos.

Creo que de haber estado viva la anterior Sue Smith me habría evitado la escena con mi padrastro. ¿O no?

—No.

Eso me dijeron en la Air Journal. Ella podía haberlo dejado por escrito. Podía haberle evitado esa humillación y ese dolor a otro ser humano, pero no lo hizo.

## 7

Este es el principio o así debería haber sido el principio. El verdadero comienzo de esta historia.

De niña tuve una vecina llamada Anika. A veces venía a casa a hacer de canguro. Era de origen ruso o moldavo o lituano o rumano o búlgaro... O en fin, de algún otro origen del norte de Europa. Tal vez polaca o checa o yugoslava. O de las estepas, del Cáucaso, de la lejana Rusia, quizá. Ni sé cómo llegó al país.

Creo que este personaje no estuvo en la vida de la anterior Sue Smith. No pudo estar. Si hubiera estado...

—¿Cómo quieres que te llame? —me preguntó en cuanto supo que podíamos tenernos confianza.

—Clona —contesté.

—Y yo Canguro —contestó ella y se quedó pensando—. ¿Clona? Me parece un nombre precioso —dijo ella—. Clona Sue Smith... Suena muy bien.

—No —dije yo—. Sólo Clona.

—¡Oh, *my God*! Sólo Clona —dijo ella estrenando su torpe inglés de diccionario—. ¡Es bellissimo...! Pero, entre tú y yo, pobre corderita: será mejor que no se enteren los de la Air Juvenal. ¿De acuerdo? No les gustaría saber que sólo te llamas Clona. Ya sabes... A ellos les gustaría que, por lo menos, fueras Clona Air Juvenal o Clona Sue Smith.

—¡Jamás volveré a ser Sue Smith!

Ese fue nuestro secreto: mi nombre. Porque yo tenía un nombre y ese nombre era mío: Clona.

Aquel día, Anika y yo, leímos viejos recortes de periódico y miramos viejas fotos de Sue Smith y su asistente, la señora de la limpieza, aquella señora de nombre Hermanita Martinita de una isla del Caribe. Eran cosas que te daban cuando te convertías en la nueva. Parece que a la señora Martinita le gustaba limpiar tanto como a mí. Al menos, eso dijo Anika que sabía mucho de la vida, y mirando a la asistente en aquella foto, añadió:

—A esta mujer sí que le hubiera gustado que la clonen. Estoy segura de que le encantaba ver las teleseries y tenía varios hijos en la isla, allá lejos, esperando rebañar un poco de su sueldo a fin de mes.

Algunas veces cuando me aburría, Anika, decía:

—Es que tú no tienes aquí a la verdadera Sue Smith. Así no tienes con quien pelear.

¡Gorgoritos! ¡Que sólo haces gorgoritos! —podrías decirle y quedarte después tan ancha.

Después de aquello fui pasando dinero a una cuenta en el extranjero. Y me fui a vivir a una isla del caribe. Donde engordé, y dejé de usar aquellas lentillas de color verde. Desde entonces mis ojos son marrones.

Una vez, sólo una vez, una persona me llamó Hermanita Martinita, y luego se disculpó porque creyó haberme confundido con otra persona.

Aquí no soy Clona para nadie, excepto para mí.

Aquel señor, Lindan Lindon nunca hubiera imaginado los resultados de aquella tarde en la que creía recoger los trocitos del cuerpo de Sue Smith en el punto negro de la carretera A545DobleA545 que va de Nebraska a la finca de la actriz...

Tuvo suerte de no recoger un trocito de la vaca, sino qué cara habrían puesto en la Air Juvenal un año después. De todos modos: lo que él recogió estaba dispuesto a rebelarse.

Desde entonces, muchas cosas han ocurrido y ninguna en especial.

La propaganda de Air Juvenal sigue diciendo lo mismo:

Las condiciones básicas para acceder a clonarse son:

1. Pagar el proceso.
2. Ser considerado un ser excepcional por alguna razón especial y justificarlo con más de 100.000 milifirmaselectrónicas.

¡Atención! ¡Atención! Soy Clona.

Este aviso es para ti. Estás en mi diario.

Y no creo estés autorizado a leerlo.

## TRABAJO SUCIO

Al principio no estaba tan mal, ¿sabes? Siempre me gustó andar en bicicleta. Aún recuerdo cuando hacía carreras con mi hermana. Siempre ganaba ella, claro. Era mayor, y estaba en mejor forma física. Aunque alguna vez me dejaba ganar. Para que no me sintiese mal, supongo. Pero yo no me sentía mal, ella tenía implantes musculares deportivos, y era normal que yo perdiese. Nos queríamos mucho, ¿sabes? Y de pequeño ella siempre me protegía. Mis compañeros de colegio eran bastante crueles conmigo. Pero cuando se sobrepasaban, mi hermana siempre aparecía y les ponía los puntos sobre las íes. No era una mala vida. La verdad es que no me importaría volver a esa época. A cuando mi única preocupación era correr a la salida de las clases. Correr como si me persiguiera el diablo.

¿Tú ves basura por las calles? ¿No, verdad? Pues es gracias a mí. Si vas a hacerlo, hazlo bien, decía siempre mi hermana. Y eso es lo que creo yo. Así que todos los días cojo la bicicleta y pedaleo, pedaleo y pedaleo. La ciudad queda limpia a mi paso. En el fondo soy una pieza importante en el engranaje de esta ciudad. Hay otros lugares que no optan por la recogida manual, pero es mucho mejor. Yo hago bien mi trabajo. Y ellos tienen una ciudad limpia. Pero eso la gente no lo ve, la gente es una desagradecida. Creen que no soy más que una simple papelera. Hace poco una mujer me tiró un café todavía lleno. Se abrió por el camino y me dio de pleno. Seguía caliente. ¿Te crees que miró para atrás? No, lo hizo todo automáticamente. Arrugó la nariz y tiró el vaso de plástico. Sin más.

No es el mejor trabajo del mundo. Ni siquiera es de los más decentes. El anterior hombre contenedor se murió, dijeron. La peste de la ciudad se lo comió, dijeron. Pero me gustaba. Al principio intentaba llevar el contenedor a la espalda, pero era mucho más incómodo. Así que lo llevo delante. Hace el trabajo mucho más sencillo una vez te acostumbras al hedor. No siempre huele mal. El contenedor, digo. Depende de la basura que te toque recoger. Los martes es el día del vidrio, por ejemplo. Ese día, como mucho, te toca lidiar con el olor a cerveza. La cerveza está buena, pero el olor de los cascos vacíos no es de lo más agradable. Claro que los jueves y viernes es mucho peor. A los residuos orgánicos les dedico dos días. Mis padres tenían una pescadería cuando yo era pequeño. No les iba muy bien, así que la mayor parte del tiempo el pescado de allí estaba echado a perder. Y por eso la gente no entraba, por el olor. La pescadilla que se muerde la cola. La pescadilla podrida que se muerde la cola, ¿sabes?

Pero ya sabes, al principio no era tan malo. Al volver a casa me daba una ducha y quedaba como nuevo. Gasté gran parte de mi pequeño sueldo en desodorantes y colonias. Me gus-



taban las fuertes. Cuanto más fuertes mejor. Y ahorré para comprarme un nuevo cuarto de baño. Moderno, con presurización más intensa. Con el sistema ese de agua envolvente. Con el tiempo, fue inútil. El olor comenzó a apoderarse de mi ropa. Daba igual con qué detergente la lavara, la fetidez persistía. Tampoco eso fue un problema. El mercadillo de la plaza de debajo de mi casa tenía prendas baratas. Podía comprarme ropa nueva cada semana. Así se iba sobrellevando. Conseguí tener un equilibrio entre mi hediondo trabajo y mi pulcro hogar. Todos los domingos mi casa parecía una lavandería. Aprovechaba mi día libre porque los lunes tocaba papel y cartón. Mi día favorito.

El problema de verdad no tardó en venir. El olor comenzó a impregnar mi cuerpo. Fue un cambio sutil. Un día noté un ligero hedor en la almohada y las sábanas. Era raro, dado que duermo desnudo para no tener que tirar más ropa de la necesaria. Decidí afeitarme la cabeza. En el pelo se acumulaba tanta grasa... Pero no sirvió de nada. A cada momento mi piel se llenaba más de la pestilencia de mi día a día. Yo lo noté, y el mundo lo notó. La gente empezó a dar rodeos cuando se cruzaba conmigo en la calle. En la planta de procesado mi jefe empezó a mirarme con más asco todavía. Mi hermana empezó a visitarme cada vez menos. ¿Creéis que no lo noté? Claro que lo noté. Y me dolió. A mí no me gusta oler mal. Me ducho todos los días. Mi ducha es moderna, yo me la compré así. Pero aquel tufo se apoderó de mí. Se apropió de cada centímetro de mi cuerpo. Y cuanto más fuerte era, menos era capaz de oler yo. Llegados a este punto, sé que apesto, pero no soy capaz de saber cuánto.

Entiendo que necesitéis un reemplazo. Pero, ¿es necesario retirarme? Puedo enseñarle el oficio a los siguientes. Puedo transmitirles mi motivación. Soy el mejor hombre contenedor de la ciudad. Pedaleo con fuerza, recojo la basura con ganas. Porque si vas a hacer algo, hazlo bien. Eso decía mi hermana. Aunque luego huelas mal. Aunque luego huelas tan mal que no te quieran ni para recoger basura.

Aun así no entiendo vuestro sistema. En mi contrato no venía estipulada esa parte. Creo. La verdad es que no me lo leí. ¿De verdad que no tenéis cómo reubicarme? Soy un trabajador eficiente. Puedo demostrarlo. Llevo trabajando toda mi vida, ¿sabes? Nunca he parado de trabajar. Trabajar y correr. Y pedalear. Esa es mi historia.

Hoy es mi día favorito. Los papeles se acumulan en las aceras. ¿No me podríais dejar hacer el trabajo por última vez? La ciudad se ensucia muy rápido. Si no recojo hoy el papel, alguien lo tendrá que hacer mañana. Y mañana es el día del vidrio. No puedes recoger papel en el día del vidrio.

Entiendo. No puedo hacer nada. Dejádme al menos mandarle un mensaje a mi hermana. La quiero mucho, ¿sabes? Quiero decirle que no se torture por haber dejado de venir a verme. Que entiendo que no aguantara el hedor de mi casa. Y el mío propio. Que la sigo queriendo igual. Que no leí el contrato. Y que no quiero morir.





## CUENTOS A MEDIANOCHE

### Prólogo

Era un día de noviembre de los que hay muchos: lluvioso, frío, desalentador,... La gente andaba brusca y rápidamente por las calles del centro de Madrid. El tráfico era infernal y los atascos, el pan nuestro de cada día.

En los periódicos, asaltaba en grandes titulares la noticia de la captura del Jack el destripador del siglo XXI. Había sido un caso de los que, para una ciudad como Madrid, quedaba grande. Un respetado médico, de clase alta, de iniciales J.C.C., padre de tres hijos, había resultado ser un salvaje asesino digno de las películas americanas de serie B, siendo procesado por el asesinato y posterior descuartizamiento de 7 mujeres. Aún hay partes de los cuerpos de las víctimas en paradero desconocido. El autor de los hechos fue capturado en un local abandonado de la céntrica calle del Codo, aunque en un principio todo apuntaba como presunto asesino a un drogodependiente, éste permaneció fiel a su primera declaración en la que alegaba locura transitoria y no recordaba nada de los hechos atribuidos. Se le ha condenado a cuarenta años en el Instituto Psiquiátrico de alta seguridad de la localidad Rincón del Mar. Madrid estaba de nuevo tranquilo como un bebé.

### Lunes: Dios los cría...

Me desperté sintiendo la lengua pesada y pegajosa, con resaca para variar. La cabeza me daba vueltas, estaba de un humor de perros y me puse mucho peor cuando vomité en la alfombra.

—¡Mierda! —mascullé entre dientes mientras trataba de alcanzar la cocina pero la puerta daba tumbos delante mío.

Con el brazo despejé la mesa de la cocina llena de los restos de una fiesta desmadrada. Intentaba servirme algo para beber cuando el maldito teléfono atronó dos veces antes de saltar el contestador:

—Iván, coge el puto teléfono, sé que estás ahí. ¡Mierda!, no me hagas esto otra vez. Me prometiste un adelanto de tu próxima novela y todavía no he recibido nada. A este paso te voy a retirar el anticipo. ¡A tomar por culo!, estoy harto de hablar con tu puto contestador... Iván es la última vez que te llamo.

¡Joder! —exclamé al dar una patada a la mesa de la entrada donde estaba el contestador. Cayó al suelo. Sabía que se me acababa el tiempo y que debía darle algo. Todo lo que había comenzado me había resultado vulgar, aburrido y mediocre. El dinero de la anterior novela había pasado a mejor vida.

Tras una ducha caliente, dos pastillas de paracetamol 500 mg, un zumo de naranja y un café muy cargado, bajé a la calle a ver si me espabilaba un poco y encontraba alguna inspiración. De camino a la calle Fuencarral, no creí que ninguna maruja de carrito en mano fuera a convertirse en mi musa pero no quise desalentarme y seguí hacia la plaza del Dos de Mayo.

Me gustaba callejear por aquella zona porque siempre encontraba lugares interesantes: nuevos cafés, nuevas tiendas, algún que otro restaurante... De repente vi una pared pintada en negro y morado. ¡Vaya!, seguro que es otro local de ropa para siniestros —Pensé para mí. Me acerqué a la puerta, encima de ella había un letrero en el que se leía “Loa”, me asomé y fue cuando la vi por primera vez. Era pequeña, exótica y besaba con devoción un crucifijo de plata. Aquellos labios tan rojos sobre aquel cuerpo estremecido y desnudo, se convirtió en una imagen que nunca olvidaría por mucho que viviera. No recuerdo cuanto tiempo me quedé absorto, como un memo, esperando saber cómo dejarla.

—¿Vas a entrar o te vas a quedar ahí todo el día? —me sorprendió su voz, demasiado grave, y su acento, demasiado familiar para no conocerla.

—No, yo... Quiero decir que...

Se me escapó un ¡mierda! Debía estar dando una impresión totalmente patética. Deseaba su cuerpo, sus manos, aquellos labios sobre mi pecho...

—Sé lo que quieres y quizás pueda dártelo.

—¿Sí?

Imaginaba su boca recorriendo desde mi cuello hasta mi ombligo.

Me imaginé crucificado...

—Buscas una historia.

Bajé a toda hostia del séptimo cielo, era verdad, mi editor estaba en plan toca pelotas desde aquel anticipo.

—Buscas una historia actual, con gancho. Sexo y violencia ¿no? Es lo que se vende.

De repente, miré a mi alrededor y vi que estaba en una tienda de libros de segunda mano, comics, CD's, y alguna otra cosa más que aparecía entre las cajas de cartón apiladas en el suelo. Me acerqué al mostrador, estaba sentada en un taburete de madera. Detrás de ella había una bola del mundo, de esas antiguas donde en los mares había desde ángeles hasta dragones. Junto al mundo, había una puerta cerrada y una estantería llena de frascos con hierbas extrañas.



—Parece una botica...

—Sí, tengo un poco de todo: desde guantes hasta veneno.

—¿Me recomiendas algo?

—Sí, el cianuro. Rápido y eficaz. Si eres un poco más romántico, la absenta. Si en cambio eres un soñador, siempre puedes escoger el láudano.

—Me refería a un libro.

—¿Quieres un libro? ¿O una historia?

—¿Qué diferencia hay? Supongo que una historia.

—Mira a la derecha, en el estante del fondo.

Después de vagar de un estante a otro, curiosear cuadernos, tebeos antiguos, algún que otro vinilo, frascos, desconchones de la pared y, a ratos, el techo; decidí marcharme.

—Espera, olvidas algo—. Me giré. Aquella voz...

—¿Sí?

—Tu historia.

—Pero si no me he decidido por nada.

—¿Por qué no cenamos mañana y te cuento una historia? Soy muy buena narradora... podemos cenar... en mi casa.

—¡Sí! ¿A qué hora?

—A las nueve.

—¿Dónde vives?

—En la trastienda. Toma la llave. Entra sin llamar.

Me marché a casa recordando todo su rostro: sus ojos negros, su piel, su pelo rizado de fuego... pero sólo podía recordar vívidamente sus labios: rojos como el fuego, como la sangre, como la muerte, como mis sábanas, como el retrato de Bela Lugosi que había en su tienda.

### **Martes: el séptimo cielo o un buen polvo**

A las nueve en punto, llegué a su tienda. Abrí con la llave como me lo había imaginado más de mil veces a lo largo de todo el día. Llevaba una botella de vino blanco pero del bueno. No quería joderlo por racanear un par de euros. Pasé a la trastienda. No se veía nada. Un post—it amarillo pegado a la puerta: "No enciendas la luz". A lo lejos vi una luz, naranja y débil.

Seguí acercándome hacia ella. Había llenado la habitación con velas, de todos los tamaños,

formas y colores, todas encendidas; en medio de ellas, vi una cama. Me acerqué un poco más y pude verla. Estaba desnuda, con las manos atadas al cabecero de la cama con unas esposas. Estaba a cuatro patas.

—¿Qué esperabas? ¿Una cena con velitas? —dijo mirándome de tal forma que mi erección flaqueó por un instante—. ¿A qué estás esperando? Ponte una gomita y péntrame. ¡Ahora!

Sus órdenes fueron obedecidas: me arranqué la ropa con ansia, tiré el vino al suelo. Se apagaron algunas velas. Mis pies sangraron.

—Sangre y vino. Deliciosa mezcla.

Sin saber como, me encontré atado con las esposas a la cama y ella lamía mis pies.

—¡Joder!

Recorrió todo mi cuerpo con su boca-araña. Se subió a horcajadas y follamos como posesos. Cuando acabamos, se tendió a mi lado, encendió un cigarrillo y tras una interminable calada, dijo:

—Te debo una historia, ¿no?

Me narró, con el mismo fuego con el que nos habíamos revolcado, una historia sobre un tío normal que, para buscar un argumento para una novela, acudió a una mujer para que le leyera las cartas y le diera un amuleto de la suerte. Días más tarde terminó de redactar el bestseller del momento. Su nombre estaba en boca de todos, le llamaban para programas de radio, de televisión y hasta le ofrecieron escribir en una revista llamada *Breaking the levee*; pero cuando llegó el momento de pagar, se hizo el loco y la santera le castigó. Cada noche, durante siete días, arrancaría el corazón a las siete mujeres que más habían significado para él empezando por su esposa, siguiendo por sus dos hermanas, su madre, su amante, su compañera de trabajo y por último, su hija de siete años. En aquel instante me quedé dormido por unos segundos, después sólo recuerdo que me echó de allí de malas maneras.

—Me ha gustado el polvo —dijo antes de cerrarme la puerta en la cara.

—A mí también.

—Entonces vuelve mañana a esta hora.

Cerró la puerta. Al verme en la calle, con la oscuridad, el frío, los borrachos, caí en la cuenta de que no sabía su nombre. Golpeé aquella puerta negra gritando como un poseso:

—Espera, espera. Ni siquiera sé tu nombre.

—Bridget. Después de cada polvo te contaré una historia y tú las escribirás hasta que no haya nadie que no hable de ti.

Al llegar a casa no tardé ni diez minutos en irme a la cama, estaba exhausto y no podía con mi alma. Todo me daba vueltas en mi cabeza como en un carrusel infernal.

### Miércoles: Bridget

Cuando desperté estaba anocheciendo, tenía un hambre canina y arramplé con todo lo que encontré a mi paso por la cocina. Después de mi desayuno-comida-merienda, me duché y estuve redactando lo que sería el primer capítulo de un libro de relatos cortos. Busqué un hilo conductor entre las historias y llegué a la conclusión que podía ser algo un poco menos tangible: que se desarrollaran en una misma época o en la misma ciudad. Me sentía muy contento porque era lo primero que escribía en mucho tiempo que realmente me satisfacía. Aquello era bueno, original y atraería a un público muy variado. Empecé a pensar en varios títulos y de todos los que se me ocurrieron en aquel momento, *Ambiciones*, fue el que más me gustó.

A las ocho y media, salí de mi casa deseando ese cuerpo, esa piel, ese olor, pero sobretodo esos labios tan rojos como la sangre, como el vino derramado... No podía pensar en otra cosa que no fuera ella. A las nueve llegué y entré como un intruso. Mi olfato me guió hacia el aroma de su carne. El deseo me quemaba por dentro y el corazón estaba acelerado al máximo. Ante mi sorpresa no había velas, tan sólo dos lámparas de aceite con destellos rojos. No dudé ni dos segundos en desnudarme. Detrás de mí, noté su respiración.

—No te vuelvas.

Me vendó lo ojos y yo ya estaba completamente erecto. Me guió hacia la cama y allí me dejó. Al rato, que a mí me pareció una eternidad, noté su cuerpo cerca. Me abalancé con hambre. Su cuerpo, ayer llenos de curvas, me parecía lineal. Su cuerpo, ayer trama mortal, hoy era una pluma al viento. Su cuerpo, ayer empuñadura, hoy no era más que un laberinto con guía.

Me quitó la venda una mano con la que no contaba. Me vi penetrando como un salvaje a una niña de unos dieciséis años. Al ver su miedo, me corrí.

—¿Y yo qué? —gritó con indignación desde el rincón. Me descubrí erecto de nuevo y la follé con rabia por haberme engañado.

Al igual que la noche anterior, me contó una historia.

Me habló de Jorge, un estudiante de éxito en la universidad pero incapaz de hablar con una mujer. Un día leyendo un periódico vio el anuncio en el que aseguraban éxito en amores o trabajo mediante magia. Jorge estaba desesperado y no dudó ni un instante, por loco que pareciera, en responder a semejante anuncio. Se presentó para que le ayudara con su timidez y aquella mujer, mitad gitana mitad hechicera le dio una pomada. “Es un ungüento especial”, le dijo la santera. “Siempre que lo lleves no habrá mujer que no se rinda a ti, pero a cambio quiero la primera hija que engendres”.

A Jorge le pareció bien, quizás porque en ese momento sólo pensaba en Sonia o porque lo de engendrar hijos le parecía lejano en el tiempo. ¿Quién se acordaría de su promesa cuando estuviera poseyendo a aquella morena voluptuosa en su cama? Pasaron los días y con ellos, las semanas y los meses; Jorge iba de cama en cama, de mujer en mujer, hasta que una sola mujer se le antojaba un desperdicio. Probó tríos, sexo en grupo, orgías con desconocidos.

Jorge se había olvidado de la deuda pero aquella mujer no, ni por un momento.

Una noche apareció en el bar donde había quedado para un *menage a trois*.

“Jorge, ¿sabes quién soy? Al oír aquella voz, su estómago dio un vuelco. Sabía quien era y lo que quería. “Me debes una hija”. Siguió diciendo. “Pero... yo no tengo ninguna”. Interrumpió él mientras se frotaba las manos en los vaqueros, siempre le sudaban cuando estaba nervioso. “Sí, dejaste a Sonia embarazada, y cuando ella te lo dijo le diste dinero para que abortara, pero no lo hizo”.

De repente, Jorge se acordó de la conversación con Sonia, de su llanto y súplica, pero también se acordó de que no quería atarse y le tiró a la cara unos cientos de euros para que abortara. “Esa niña me pertenece”. Sentenció aquella mujer de edad y sabiduría indefinidas. “No puedo darte algo que no me pertenece”. Concluyó Jorge pensando que se había librado de rositas. No obstante, la ira de la santera no tardó en dar muestras: le castigó y a partir de aquel instante sólo se sentiría atraído por niñas, pero no todas las niñas, sólo aquellas que eran hijas de sus amigos y familiares. Jorge, presa de sus bajos instintos, les arrancaba los ojos para que no le juzgaran cuando abusara de sus cuerpos inertes.

Sonia le denunció a la policía una semana más tarde cuando intentó secuestrar a su hija. En la declaración, siempre alegó que aquella niña tenía ojos de vieja, ojos de hechicera.

### **Jueves: La noche es una mujer**

Desde hacía tres días mi vida quedaba reducida a mis encuentros nocturnos con Bridget. Había empezado a escribir de nuevo aunque siendo sinceros, sólo escribía lo que me contaba ella después de acostarnos. Había mandado los dos relatos a mi editor y estaba entusiasmado. Le había encantado el proyecto y le veía muchas posibilidades, incluso me llamó el Clive Barker español. Me habló de llevarlos al cine o incluso hacer una novela gráfica con algún ilustrador novel. Estaba ansioso por leer más y yo, en cambio, sólo deseaba ver a Bridget y pasar otra noche más con ella.

Eran las nueve, jueves esta vez. Entré a oscuras palpando con mis manos los pósters de las paredes del pasillo. Buscaba mi agujero, mi vórtice; para entrar y penetrar en ella, mi matriz de sexo y de muerte, de calor y de humedad. Vi una sombra, fumando de una pipa de agua. El olor dulzón me embriagaba. Me acerqué a la silueta. Aquel cabello del color del fuego me enloquecía, su tacto, su olor.

—No, no me gires. Hazlo por detrás.

Esa voz salía de todas partes y de ninguna. Le acaricié la espalda. El tacto de la seda y el cuero. Su transpiración, mi saliva. Vi un pañuelo atado a su nuca. Estaba amordazada. ¡Dios!, sabía como ponerme cachondo. Le bajé sus pantalones, le separé sus nalgas y se la metí por el culo. Nunca lo habíamos hecho así. Gemía, se retorció y yo gozaba como un loco. Le arranqué toda la ropa y cuando me iba a correr le quité la mordaza.

—¡Mierda! ¡Si tienes barba!

Era un tío lo que me había estado follando. La vi reírse, fui directamente hacia ella y le crucé la cara de una hostia tan fuerte que empezó a sangrar. ¡Dios!, al verla con aquel surco rojo deslizándose por la comisura de sus labios, algo dentro de mí, no sé si llamarlo furia, pasión o morbo me llevó a atacarla y follarla allí de pie contra la pared. Sus piernas se anclaron en mi espalda mientras la embestía. Al fondo, una guitarra gimió...

Me contó una tercera historia. Esta vez, me habló de un escritor de novelas de misterio, Eduardo, quien tenía un lío con Ariel, el cantante de un exitoso grupo *heavy* llamado *Arcángel*. Eduardo era un gay de los que no habían salido del armario y aunque Ariel le animaba que hicieran pública su relación, él siempre se excusaba en la salud delicada de su madre. “La mataría”—le decía y Ariel, enamorado como estaba, accedía de buen grado.

Una noche, Eduardo tuvo una llamada de una mujer. La conoció antes de que sus novelas se publicaran, cuando sólo era un empleado de Correos. “Hola Eduardo, ¿recuerdas quién soy?”. Claro que se acordaba, era una de las dependientas que trabajan en “El Arcano”, una tienda en la que vendían cartas del tarot y leían las líneas de la mano; acudió a ella para que le ayudara a ganar el premio Escarlata de la novela de misterio y gracias al cual, empezó a vivir de sus libros dejando su trabajo. “Sí, sé quién eres. ¿Qué quieres?”. Le temblaba la voz pero sabía la respuesta. “Lo que me prometiste” contestó ella. “No puedo declarar mi homosexualidad, ahora no, mi madre está delicada de salud...”. Alegó de la misma manera que contentaba a Ariel cuando se lo pedía. “No es excusa, fue el pacto que hicimos: un secreto por un premio. Ese era el trato y ahora lo has roto”.

Antes de colgar, obviamente desilusionada, dijo unas palabras en una lengua que no pudo entender. Eduardo se olvidó de la llamada, de la mujer y de sus palabras. Días después, una noche en la que el grupo de Ariel iba a grabar un *videoclip*, Eduardo le pidió que hicieran el amor en el plató aunque ambos sabían que podrían pillarles los demás miembros del grupo. Ariel, como siempre que Eduardo le pedía algo, accedió de buen grado. Cuando se estaba tirando a aquel adonis de larga melena y cuerpo andrógino, Eduardo sacó un cuchillo de hoja grabada y como si se tratara de un ritual, le rebanó el cuello. A continuación con sangre de animales y la del propio Ariel decoró el estudio de símbolos extraños repitiendo las palabras que escuchó al teléfono. Amaba a Bridget y ¡Dios, cómo retorció las historias, como espinaba su voz al contarlo!

### **Viernes: Dame un día más**

Al despertar me di cuenta de que estaba en mi casa, que era viernes, que llevaba unas cien páginas escritas y que eran buenas. Mi vida estaba cambiando. Nunca he sido uno de esos tíos en plan naturistas o en plan de energías, soy pragmático, pienso con la polla, con el estómago y con el instinto; pero tenía esa corazonada de que algo iba a suceder y estaba ansioso.

Entre las sobras de la comida vi un periódico: “Un chamán aterroriza las noche de Madrid...” Recuerdo que lo primero que pensé fue ¿qué demonios es un chamán? No le di mayor importancia. Era un loco que mataba peña: un vagabundo, una chica y un *rockero*. Los



medios hablaban de un *skinhead* (porque la chica era mulata y por lo del vagabundo), los gais y las lesbianas decían que se trataba de un homófobo (ya que el *rockero* apareció con la cabeza de un gallo introducida por el culo) y así todos. La congregación de no sé qué hablaba de un sádico que atacaba en las estaciones de metro de la línea uno: primero Sol, luego Gran Vía, y ahora Tribunal. Me asombraba el pánico que había causado el sujeto en cuestión y el tiempo libre que tenían algunas personas para perderlo en montarse semejantes pajas.

Deseaba ver a Bridget, así que salí un poco antes de casa y fui dando un paseo hasta la plaza del Dos de Mayo. A medida que me iba acercando, me ponía más bruto. Entré un poco antes de las nueve. Vi la luz apagada. Palpé en el interruptor de la luz. "No enciendas la luz" ponía en un post-it pero, aunque me temía alguna como la de los días pasados, seguí hasta la luz del fondo del pasillo.

Tenía la música puesta. Lenta. De riffs agonizantes, voces graves y letras melancólicas. Estaba desnuda en el suelo, rodeada de pétalos de flores y cojines sobre una alfombra imitando a turca. Fumaba de la pipa de agua, no era tabaco; era dulzón y espeso. Me ofreció una botella.

—Bebe, ¡es láudano y sangre!—. Su risa me traspasó por completo.

Mis labios se empaparon de aquel extraño néctar, cada gota que bajaba por mi garganta me perforaba por dentro. La vista empezó a nublarse y su voz producía ondas de colores a mi alrededor. La música me taladraba los oídos y me clavaba al suelo. Bridget se arrastraba hacia mí y su cuerpo mitad mujer mitad serpiente se enrollaba en mis piernas y subía lento hacia mi pecho. Mis labios estaban sedientos de ella. Sus manos, ventosas, aspiraban de mi todo lo que podía darle. Sus uñas, rojas cuchillas, rasgaban mi libido hasta alcanzar mi cuello. Su lengua, bífida y contorsionista, succionó mi yugular suavemente. "Tu cuerpo me pertenece"—susurró a mi oído. Con aquellas palabras mi mente se nubló por completo.

Bridget se levantó y como era ya casi un ritual me echó a patadas de su casa.

—Odio a los tíos que tras un polvo se caen dormidos —me decía entre empujones.

—Espera, lo siento, espera no me empujes... ¿Y mi historia?—. Me miró de arriba a abajo sopesando si ceder o no.

—Esta historia será corta y con moraleja si sabes encontrarla...

Me dejó pasar y fue cuando me habló de Meta, una drogadicta que pasó de la adicción a la heroína a la de la metadona. Pedía dinero por el barrio y todo el mundo la conocía. Dormía en la calle, en un cajero de Banco Santander, y hablaba sola. Estaba entre sus cartones cuando un chico le dio una patada, tirando el cartón, sujetó el móvil al cajero para grabar en video mientras le propinaba una paliza que la dejó medio muerta. Se inclinó sobre ella, con una navaja le sacó los ojos y la dejó desangrándose. Aquella noche subió su video a la página web de *Youtube*.

**Sábado: el fin se acerca...**

La cabeza me daba vueltas, me sentía mareado con el estómago lleno de mariposas... ¡Qué resaca!, dije en voz alta en la cocina con un café en una mano y el periódico en la otra. “El chamán de la línea uno ha vuelto a matar, esta vez la víctima ha sido una mujer. El nombre de la víctima no se conoce todavía pero en el barrio la conocen con el pseudónimo de Meta por su adicción a la metadona”. Me quedé de una pieza cuando leí aquello. Lo que contaban encajaba exactamente con lo que me había contado Bridget apenas hacía unas horas. No podía quitarme de la cabeza lo que me dijo antes de contar la historia, aquello tenía una moraleja. ¿Pero, cuál?

Empecé a pensar que era ella la que cometía dichos crímenes y luego me los contaba. Encendí el portátil y busqué en la página web de Youtube por si pudiera estar el video. No me costó demasiado encontrarlo y aunque la cámara era mala, se veía con bastante nitidez pero no mostraba la cara del agresor. Lo vi varias veces intentado encontrar algo que la inculpara pero no aparecía nada. De hecho el cuerpo del asaltante parecía, más bien, el de un hombre. De repente se vio de espaldas al asesino, agachado sobre la víctima, mientras le arrancaba los ojos y pude ver que llevaba un abrigo tres cuartos de color marrón con apliques en los costados de color beige. ¡Era exactamente igual al mío! Fui corriendo al perchero donde ayer dejé el abrigo esperando no ver manchas de sangre o algo que me inculpara.

Tenía una mancha roja en el brazo. Me acojoné pero aquello podía ser cualquier cosa o eso quería creer. Metí la mano en los bolsillos y encontré una navaja. No era mía, de eso estaba completamente seguro porque nunca había tenido una, pero también tenía manchas rojas. Aquel del video era yo. Tenía un miedo que me paralizaba: no podía ser verdad, yo estuve ayer noche con Bridget, ella tenía que testificar a mi favor... Fui al baño y vomité.

El miedo dejó paso al odio y a la furia descontrolada, ahora me sentía completamente cabreado y con ganas de romperle la cara por haberme metido en este lío. No sé cuanto tardé en llegar a su tienda. Di una patada a la puerta y le grité:

—¡Zorra! ¡Quiero hablar contigo!—. Me acerqué al mostrador de la tienda y ella sonrió melosa.

—¿Qué te pasa, cielo?

—¿Qué me pasa? ¿Qué coño has hecho? Has matado a todas las personas de tus cuentos y me has cargado el muerto a mí.

—¿No sabes leer entre líneas? ¿No recuerdas hace exactamente un año? ¿O aún crees que el éxito de tu anterior novela se debía a tu talento?

Le di una hostia que le crucé la cara cuando dos hombres salieron de no sé donde. Eran negros, enormes y llevaban la cara pintada como si fuera una calavera. Al igual que ella, los tres estaban desnudos. Debían estar follando o montando alguno de sus numeritos. Me cogieron por los brazos y aunque quise soltarme, eran mucho más fuertes que yo y para cuando pude hacerlo, me encontraba en la calle, tirado al lado de dos contenedores.

—Y no vuelvas a menos que vengas a pagar tu deuda.

La frase sonó bastante peliculera, quizás por la situación, quizás por el acento tan marcado que tenían, debían de ser americanos. Aquellas palabras se centrifugaban a velocidad de vértigo en mi cabeza. No recordaba haberla conocido antes, no sabía de qué me hablaba pero estaba acojonado.

Deambulé por las calles mientras llegaba a casa con la nariz rota y dejando un rastro de gotas de sangre. Cuando llegué al portal, los vecinos estaban asomados a las ventanas y la portera no me saludó. Una vez dentro, había dos policías.

—¿Es usted Iván de la Sierra?

—Sí, soy yo.

—¿Le importaría acompañarnos a comisaría? Necesitamos que conteste a unas preguntas.

—¿Estoy detenido?

—No, sólo queremos que conteste a unas preguntas. Si lo precisa, puede llamar a su abogado.

Me dejé llevar como en un sueño pesado. Cuando llegué a la comisaría de la calle Leganitos me llevaron directamente al despacho de un detective que llevaba los asesinatos que aparecían en las noticias. Más tarde me enteré de que mi editor, Alberto, había sido quien había levantado la liebre al mandar mis relatos a la policía.

No llamé a ningún abogado porque por un lado me sentía como en trance, como un zombi y por otro nunca había necesitado ninguno y no sabía a quien llamar. Les conté que los relatos me los había contado Bridget. Les hablé de ella y de su tienda. Les di todos los detalles que pude y me llevaron a casa después de tres horas de declaración.

Una vez en casa, estaba tan agotado que pasé de la cena; sólo quería irme a la cama. Sobre mi almohada encontré una pata de pollo con un lazo de raso negro y un mechón de pelo. En la pared habían escrito con sangre un símbolo formado por un corazón y varias líneas horizontales junto con varios símbolos. Aquella noche dormí en el sofá por puro miedo.

### **Domingo: todo tiene un final...**

El sofá no era cómodo pero caí como una piedra y soñé, como nunca lo había hecho antes, intensa y vívidamente.

En mi sueño me veía a mí mismo con una mulata en el parque del retiro. Echaba la buena fortuna. Con la voz distorsionada entre una voz joven y una voz de anciana, me dijo “te olvidaste de mí, de mi promesa pero no de tu éxito. Ahora has de pagar”. Quise correr, escapar de ella y aparecí en el medio de la celebración del Mardi Grass de Nueva Orleans. Todos los que me rodeaban iban maquillados como esqueletos y me señalaba con el dedo gritando palabras que no entendía. Quería salir de allí pero el suelo era como lodo y me tragaba poco

a poco. Quería gritar pero de mi garganta sólo salía el canto del gallo. Miré mi cuerpo y estaba untado en pez y cubierto de plumas. El corazón parecía que se me iba a salir del pecho y seguía intentando correr, gritar, escapar cuando de repente sonó un timbre.

Llamaban a la puerta cuando me desperté. Me froté la cara y salí a abrir.

—¿Señor de la Sierra?

—¿Sí? —dije entre bostezos mientras abría la puerta.

Dos agentes de policía me empujaron, entraron, me golpearon y me esposaron.

—Queda detenido por los asesinatos de...

No podía creer lo que me estaba pasando. Me detuvieron y me encarcelaron en menos de dos horas. Me metieron en una celda pequeña. Con una ventana diminuta, pero al menos tenía un retrete y lavabo. En la esquina había un hombre de unos cuarenta años.

—¿Y tú qué has hecho?

—Dicen que soy culpable de cuatro asesinatos con premeditación pero no es cierto, fue ella, Bridget. Ella montó todo esto para culparme...

—Sí tío, las mujeres son muy malas...







## RUBÍ

Apenas tendría diez u once años pero algo en sus ojos, dorados como el ámbar, indicaba que ya no era un niño. Tenía la mirada apagada de aquellos a los que el tiempo nunca curaría sus heridas. Sus sencillas ropas estaban teñidas de polvo y porquería del camino, disimulando así otras manchas casi negras, con los inconfundibles tonos carmesíes de la sangre coagulada. Los reflejos de bronce de su piel rojiza ocultaban el blanco apagado de las cicatrices y el púrpura de los cardenales: heridas antiguas y recientes.

Abrazaba con fuerza un hatillo de tela, con tal determinación, que si algún ladrón hubiera intentado robárselo también se habría llevado los brazos del niño. Caminaba deprisa, intentando no tropezar entre los transeúntes que abarrotaban la calle y que se giraban al verlo pasar, murmurando entre ellos. Después de todo, era bastante raro ver a un vincio.

\*\*\*

—¡Nos va a vender! —exclamó Suke, mientras caminaba en círculos por la pequeña habitación en la que les habían encerrado.

—Bueno —dijo Katón, bailoteando sobre la cama—, míralo por el lado bueno: ya no tendremos que aguantar al imbécil del amo Kaisa.

Suke se detuvo y miró por la ventana, apenas podía ver un pedazo del azul del cielo desde el minúsculo tragaluz que mal iluminaba la estancia.

No era la primera vez que le asaltaba la idea de fugarse. Sin darse cuenta, se llevó una mano al aro de metal que rodeaba su cuello. El collar que le recordaba que era un esclavo.

La mayoría de vincios apenas tenían voluntad. Desde el momento en que ligaban la energía elemental a su alma, su cuerpo se transformaba y recibían el collar: el símbolo de la obediencia. «Tanto poder no puede quedar sin control», decía el Invocador justificando así la esclavitud a la que los sometían y recordaba, a quien quisiera escucharle, que los vincios habían aterrorizado el mundo antes de que aparecieran los anuladores de voluntad. «Es un mal necesario», decía con supuesto pesar.

Los que eran como Suke, a menudo acababan como soldados utilizados en guerras que no les incumbían por el puñado de monedas que ganaba su amo. Todos los vincios eran muy poderosos, pero los de fuego, como él, tenían tal poder destructivo que raro era el que no acababa siendo utilizado con fines bélicos. Su tremendo potencial y la ausencia del propio

albedrío les convertían en armas casi perfectas.

Pero él no era un soldado. A pesar de su poder, Suke no era más que un niño.

Hasta ahora, habían trabajado en una fundición. En un sitio así, alguien como él resultaba muy útil. El trabajo era duro y apenas tenía tiempo para descansar. La comida era repugnante y escasa, y solían olvidarse de darle agua. Se trataba de un negocio próspero, pero la mala gestión y los numerosos vicios del amo Kaisa habían hecho que acumulara demasiadas deudas que le habían llevado a la bancarrota. Ahora se deshacía de Suke como se había deshecho de las máquinas y herramientas de la acería.

Suke se miró las manos endurecidas por los callos y las cicatrices zigzagueantes que cubrían sus brazos. «No, no lo voy a echar de menos».

— Cuando crezca te liberaré —dijo Katón y adquirió tintes azulados. Suke sonrió y agarró a la pequeña llama con la mano desnuda—. Te lo prometo.

La puerta se abrió sin avisar y dos hombres entraron en la pequeña estancia. Uno de ellos era bien conocido por los dos ya que había sido su amo durante casi tres años. Kaisa era alto, delgado y pálido, parecía nervioso. Pero Suke no se dejaba engañar por su frágil apariencia, tenía la mano rápida y la fusta siempre cerca, aunque los prefería mil veces a que usara el anulador de voluntad. Un simple pensamiento en la mente del que poseyera el maldito anillo provocaba que Katón desapareciera y él se veía obligado a ser un mero observador, incapaz de controlar su propio cuerpo.

Eso sucedió en ese momento. Katón se desvaneció como si se hubiera apagado y, una descarga estática, le recorrió de la cabeza a los pies, signo inequívoco de que estaban utilizando el anulador. «¿Por qué?», pensó Suke mientras perdía el control de su persona. «¿He hecho algo mal?».

El pequeño anillo se perdió de vista en la voluminosa mano del otro hombre. Este abultaba lo que tres, vestía ostentosamente, y se había embadurnado con esencias y afeites que hacían que desprendiera un fuerte aroma de almizcle dulzón.

—Así que este es el vicio —dijo con una desagradable sonrisa—. Es un niño extraño. Nunca había visto uno así, con esos ojos dorados y ese pelo tan rojo... Sin duda es especial. ¿Cómo dices que se llama?

—No tiene nombre —contestó Kaisa—. Yo le llamo Rojo, por el color del pelo. Pero puede cambiarle el nombre, después de todo, ahora es suyo.

—Rojo, ¿eh? —El desconocido se mesó la barba—. No me gusta. Se merece un nombre a juego con su precio. Rubí, como la gema. Sí —dijo, acariciando la mejilla de Suke sin que este pudiera hacer nada para impedirlo—, una gema preciosa.

—Recuerde llevar el anillo, si no lo lleva puesto, no tiene ningún efecto. Necesita una voluntad para que desplace la suya. No se lo deje o el pequeño diablo podría asarlo vivo.

—Entonces este vulgar anillo...

—No sé cómo funciona, pero va ligado con el aro de su cuello —dijo Kaisa señalando el collar—. Procure no utilizarlo mucho. El tipo que me lo vendió me dijo que si se utilizaba demasiado podría llegar a perder la voluntad por completo. Se convertiría en una cáscara vacía que no podría ni comer sin que se lo ordenaran. Trátelo como si fuera un esclavo más, es lo mejor. Deje el anulador para situaciones especiales y no tenga miedo en azotarle, es un chico duro.

—Bien, bien —exclamó con impaciencia el nuevo amo, frotándose las manos con excitación—. ¿Ya está todo? ¿Puedo llevarme a mi Rubí?

—Es todo suyo —dijo Kaisa con una mueca de desagrado.

—¿Y cómo...? —titubeó el gordo— ¿Cómo me lo llevo? ¿No me das una cadena?

—Gayus, ya se lo he dicho —Kaisa nunca se había caracterizado por su paciencia y se notaba que estaba haciendo un gran esfuerzo por controlar su genio—, no necesita correas, solo el maldito anillo. Ahora mismo es como un muñeco: si quiere que se mueva se moverá, si quiere que baile bailará. Solo tiene que pensarlo.

—¿Y cómo se desactiva?

—Quíteselo o deje de pensar en él.

—Bueno —dijo Gayus con una malévola sonrisa—, puede ser difícil.

\*\*\*

Tras un baño caliente y una buena comida, Suke pensó que podría acostumbrarse a ser un criado. Su trabajo consistía en ayudar en la cocina horneando pan, sacando ollas, avivando los fogones y encendiendo las chimeneas. Era sencillo y más descansado que los trabajos que desempeñaba en la fundición. El resto de los criados parecían muy cordiales y le trataban con amabilidad. Suke no estaba acostumbrado a ese tipo de atenciones. Para Kaisa no había sido más que una herramienta del montón; una engorrosa a la que había que alimentar.

El nuevo amo, Gayus, era un personaje importante en la ciudad. Una noche sí y otra también, asistía a fiestas y celebraciones. Nadie daba una recepción sin contar con su presencia. Desde que le dejara en la cocina aquel primer día, apenas le había visto. Y lo agradecía. Aunque todos los criados contaran maravillas sobre su generosidad, había algo en él que le producía escalofríos.

Su nueva casa era una mansión enorme. Una veintena de ventanales se abrían al exterior ocupando casi toda la fachada, pintada con los alegres tonos celestes del cielo de verano. Docenas de habitaciones se distribuían en las tres plantas del edificio. Algunas de ellas eran más grandes que la nave principal de la acería. Al lado de estas, su pequeño dormitorio parecía un armario. Pero era más grande que el anterior y no tenía que compartirlo con diez sudorosos trabajadores. En la última de estas plantas, allí donde las ventanas eran más pequeñas y los techos se inclinaban, estaba su nueva habitación, encarada al sur. Desde allí podía ver el jardín: un gigantesco vergel poblado por cantidad de plantas exóticas.

«Adelfa, ciclamor, dedalera, cinamomo, hibisco...», recordó Suke mientras paseaba. Su primer amo había sido un alquimista que le había enseñado los nombres de las plantas, entre muchas otras cosas de su oficio. No pudo evitar entristecerse al recordarlo, hacía ya tanto tiempo... El alquimista había sido su maestro, y él le había llegado a querer como a un padre. Un padre que le había vendido.

\*\*\*

Era noche cerrada cuando sintió una descarga eléctrica que provenía del collar. Abrió los ojos y reconoció la desagradable sensación de abandonar el control de su cuerpo.

«Ha activado el anulador», pensó Suke extrañado. «¿A estas horas?».

Se levantó descalzo y caminó en el más absoluto silencio, ignorando la molesta sensación de las baldosas frías. Apenas podía ver, ya que todo estaba a oscuras, pero sabía exactamente a dónde tenía que ir. Bajó las escaleras y recorrió los pasillos hasta encontrar la habitación de Gayus. No le sorprendió hallar luz tras las enormes puertas.

«¡No entres! », se gritó a sí mismo. Pero no sirvió de nada.

Abrió la puerta sin llamar.

Gayus estaba en calzones, tirado encima de su enorme cama redonda, se sobresaltó al ver entrar al niño.

—¿Cómo es posible? —murmuró con una mezcla de sorpresa y regocijo. Se pasó la lengua por los labios, muy lentamente—. Mi Rubí... estaba soñando contigo.

Suke buscó su voluntad con todas sus fuerzas, tenía que estar en algún sitio, no podían habérsela robado toda, algo tenía que quedarle.

«¡Sal de aquí!». Pero era inútil, su cuerpo se negaba a obedecerle.

Gayus se acercó a él, avanzando con pausada lentitud. Su aroma dulzón le mareaba, pero no lo suficiente como para dejarle inconsciente.

—Has venido a mí —le susurró al oído con voz lasciva.

Acercó sus húmedos labios a su rostro y le besó. «¡Por favor! No» Mientras besaba su mejilla le agarró la mano y se la llevó a su entrepierna para que frotara su miembro endurecido. Ni siquiera podía cerrar los ojos. «¡Por favor! », gritó en silencio mientras le despojaban de la camisa de dormir.

—Arrodíllate.

\*\*\*

Katón se despertó con la extraña sensación de haber dormido demasiado. Supo en seguida que habían usado el anulador y eso le entristeció. Sentía como si abandonara a su amigo cuando más le necesitaba.

La pequeña llama desvió su mirada por la ventana, el sol se filtraba por el enorme venta-

nal iluminando la alcoba y Katón aprovechó el calor de los rayos para desayunar y adquirir un bonito color anaranjado.

—Hoy será un buen día —exclamó alegremente intentando animarle, pero el niño no le contestó—. ¡Arriba, Suke!

Suke no estaba en la cama, estaba escondido entre la penumbra, en una esquina de la habitación. No se movía. Katón sintió que algo iba muy mal.

—Suke, ¿qué ha pasado? —preguntó la llamita tornándose azul.

No contestó.

\*\*\*

—Venado, cebollas, ajo, una hoja de laurel, zanahorias, manteca, un vaso de vino seco, agua, sal y pimienta —enumeró Suke repasando los ingredientes—. Creo que ya lo tenemos todo.

Naula, la cocinera, asintió sonriendo.

—Recuerda el sofrito —le explicó—, todo bien troceadito, y la hoja de laurel. Luego le pones la carne y el vino, sal, y lo cubres con agua. Cuando empiece a hervir le añades las zanahorias, y lo dejas cocer todo junto bastante tiempo, hasta que se ablande la carne. ¿Seguro que no quieres ayuda? —preguntó al ver la cara del muchacho.

Suke negó con la cabeza.

—No, gracias —dijo—. Si me ayudas no será lo mismo. Quiero hacerlo yo solo. Tú vete a descansar un rato. Haz punto o pasea por el jardín, haz lo que supone que haces cuando tienes un rato libre.

La vieja sonrió ante la determinación y el descaro que mostraba el niño, y se limitó a encogerse de hombros mientras se quitaba el delantal.

—Eres un niño muy atento —dijo con cariño—, es todo un detalle con el amo Gayus que cocines su plato preferido. Muchos no aprecian lo buena persona que es, todo por que está un poco rellenito y es un poco ostentoso, pero en realidad, es un hombre generoso. Siempre se preocupa mucho por los niños, no es la primera vez que trae alguno para que le demos de comer.

—No te preocupes, Naula —la interrumpió Suke con sequedad—, le cocinaré un plato tan suculento como solo él se merece.

—Eres un encanto, Rubí —dijo, e intentó darle un beso. El niño se apartó instintivamente dejando a la anciana perpleja. Esta le miró sorprendida por el gesto arisco, pero pareció restarle importancia—. Y tú —añadió dirigiéndose a Katón—, ni se te ocurra quemar el estofado.

—No, señora —dijo Katón con tono ofendido mientras bailaba entre los fogones—. Me hiere que diga eso. Yo no quemo nada que no se tenga que quemar.



—Ya, seguro —exclamó—, estaré aquí mismo. Llámame si necesitas ayuda.

—¡Que sí, que sí! Pesada —dijo la llamita cuando Naula desapareció tras la puerta. Se había vuelto del característico color rojo encendido que adquiría cuando estaba enfadado—. Bruja desconfiada... ¡Si tuviera dedos te daría un corte de manga!

—Katón, ya vale.

—¡Es que es una pesada! Rubí aquí, Rubí allí ¡puaj! —escupió— ¡Qué asco de nombre! Rojo tenía más fuerza, Rubí es un nombre de niña. ¿Por qué no les dices tu verdadero nombre?

—Pues, para empezar, porque no me lo han preguntado; y para acabar, porque es mío, y es lo único que es mío de verdad, así que no pienso dárselo a nadie que no me trate como a una persona. No te despistes —dijo cambiando de tema mientras agitaba el contenido de la olla con un gran cucharón de madera—, necesito que esto hierva.

Katón obedeció avivando el fuego del fogón. Mientras tanto, Suke se puso a pelar zanahorias. La pequeña llama le miró entristecida, adquiriendo el tono azulado característico de su estado de ánimo.

—Suke —preguntó con timidez—, ¿estás seguro de lo que vamos a hacer?

—Sí.

No había la más mínima sombra de duda en su voz y eso le asustó. ¿Qué era lo que había pasado? No había conseguido arrancarle una sola palabra al respecto desde aquella noche. Pero cada tarde, antes de irse a dormir, Suke movía la cómoda y el armario, construía una barricada delante de la puerta y se quedaba agazapado en una esquina hasta caer dormido con las primeras luces del alba. Y cada vez que le preguntaba por qué lo hacía recibía la misma respuesta, un desagradable: «¡Déjame en paz!». Maldijo por enésima vez los efectos del anulador que le obligaba a esconderse en el interior de su vincire, ajeno a todo lo que él padecía. Pero jamás había habido secretos entre ellos. Suke siempre se lo contaba todo; más que su vincire era su amigo. Por ese motivo le dolía más que nunca saber que estaba sufriendo y que no quería confiar en él.

—Suke, ¿qué fue lo que pasó? ¿Qué te hizo el amo Gayus?

—Olvídalo, Katón —dijo, sin ni siquiera mirarle—. Ya ha pasado; no importa.

—Sí que importa —replicó Katón—, ¡vas a matarle!

—¡Cállate! —exclamó Suke enfurecido aplastándole contra la encimera—. No voy a hacerlo por lo que me hizo, vamos a hacerlo para poder escapar.

—Vas a hacerlo —le corrigió Katón sintiéndose un traidor—. Yo no quiero tener nada que ver.

—No te preocupes —le tranquilizó Suke frunciendo el ceño—, no te utilizaré, te lo prometo. Con mi plan no hará falta tu ayuda. Es la única forma—añadió como para convencer—

se a sí mismo—, es lo que siempre hemos querido. ¿No es cierto?

—Pero... nunca hablamos de matar a nadie.

—Las cosas han cambiado —dijo y arrojó a la olla hirviendo un puñado de flores púrpuras.

\*\*\*

—Adelante —respondió Gayus desde el otro lado de la puerta.

Suke tragó saliva y abrió la puerta como pudo, sin derramar el contenido de la fuente. No había querido dejar nada en la cocina, no fuera que alguno de los criados decidiera probar el guiso, así que había llenado una enorme sopera. En la bandeja apenas quedaba espacio para el plato, los cubiertos y una botella de vino que le había dado Naula.

—Le traigo la cena —informó. No había conseguido evitar que le temblara la voz.

Gayus estaba acompañado por su secretario, un tipo calvo de aspecto desabrido que vestía de negro. Al verle, enarcó una ceja con curiosidad. Una sonrisa de malsana satisfacción se dibujó en el rostro de su amo. Suke tragó saliva de nuevo. «No flaquees ahora».

—¿Conoces a mi nueva adquisición? —dijo al secretario sin apartar la vista de él—. Es Rubí, la joya de mi colección. Un muchacho lleno de talentos.

Suke empezó a temblar y enrojeció de ira y vergüenza. Hundió su barbilla en la clavícula, deseando que el color natural de su piel disimulara su bochorno.

—Déjanos solos, Retto —indicó con un gesto de la mano—. Rubí y yo vamos a cenar ahora.

Retto le miró en silencio, recogió sus libros y abandonó la habitación. Puso especial cuidado en que la puerta quedara bien cerrada.

—¡Oh! —exclamó Gayus frotándose las manos—, veo que también trajiste el postre.

En la bandeja solo estaba el estofado y algo de vino. Suke pudo sentir la familiar descarga eléctrica que lo separaba de su cuerpo. «Por favor, que haga efecto rápido».

Convertido ya en un mero observador, dejó la bandeja encima de una mesa cercana a la ventana. Gayus se sentó en el diván y esperó, sin decir una palabra, a que Suke le sirviera; devorándole con la mirada mientras lo hacía. Suke agradeció estar bajo la influencia del anulador de voluntad, dudaba haber tenido la sangre fría necesaria para haber servido el cuenco sin vacilar. Sin darse cuenta, Gayus se estaba firmando su sentencia de muerte.

Ajeno a todo ello, su amo le repasó de arriba abajo y palmeó la superficie del diván.

—Siéntate a mi lado —le ordenó y le tendió la copa de vino—. Bebe.

Suke bebió.

En ese momento fue consciente del riesgo que estaba corriendo. ¿Qué podía hacer si le

hacía comer? Nada, no podía hacer nada, moriría sin remedio. «No moriré solo», intentó consolarse. «Moriré libre». Estúpida esperanza para quién nunca había conocido la libertad. Sintió deseos de gritar de desesperación. Estaba tan cerca...

—¡Exquisito! Tiene un regusto especial, ligeramente amargo. ¿Le has puesto orégano?— exclamó Gayus entre bocados descuidados. La salsa se derramaba por la comisura de la boca y goteaba, impregnando la perilla de una película grasienta. Ignoró la servilleta y se limpió con la manga de seda bordada. Miró al muchacho y le rellenó la copa de vino—. Bebe, Rubí, necesitas animarte.

«¡Será estúpido!», pensó Suke enfurecido, apurando la última gota. El vino era fuerte y él no estaba acostumbrado a beber alcohol. Empezó a sentirse mareado. Gayus acabó el plato y vació su copa de un solo trago. Luego se volvió hacia Suke. Éste reconoció el brillo de su mirada y sintió como el terror se adueñaba de su corazón. «¡Por favor! ¡Qué haga efecto rápido!»

Repasó lo que conocía sobre los efectos de la dedalera, pero no conseguía recordar el tiempo que tardaban en aparecer los primeros síntomas. Dependía de la cantidad, Suke había sido bastante generoso, pero también dependía de la masa corporal del comensal, y Gayus era una gran masa corporal.

Le acarició la cara con el dorso de la mano. Suke intentó evadirse sin conseguir moverse lo más mínimo. Gayus le apartó con delicadeza el cabello que caía por sus ojos y acercó sus labios a los suyos.

— Rubí, mi Rubí —susurró a una pulgada de su boca echándole el aliento.

Apestaba a una mezcla de perfumes, guisado y vino y, ninguna de estas cosas, conseguía ocultar su propio olor corporal, y estaba cerca, demasiado cerca. Suke sintió repugnancia cuando le tocó. Intentó cerrar los ojos y contener la respiración, pero ni siquiera pudo hacer ese sencillo gesto. El sudor impregnaba las ropas de Gayus y resbalaba en gruesas gotas por sus mejillas, deslizándose por su bigote. «¡Por favor!» Agarró su mano y, como ya hiciera aquella noche, se la acercó a la entrepierna donde aguardaba un miembro ya dispuesto. «¡Por favor, no! ¡Otra vez no!» Suke gritó desesperado pidiendo ayuda desde el oscuro rincón al que se había visto confinado y concentró todas sus fuerzas en recuperar su voluntad perdida.

Y la encontró.

—¡No! —gritó, zafándose de la presa de su captor.

Gayus le observó incrédulo, abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua, completamente desconcertado.

—¡Ven aquí! —balbuceó.

Suke sintió una débil descarga proveniente del collar, pero apenas era más que un cosquilleo estático. Gayus se levantó tambaleándose.

—¿Qué está pasando? —dijo sujetándose la cabeza— Lo veo todo diferente. ¿Qué ha pasado con la luz? ¿Qué me has hecho, maldito crío? —gritó y le golpeó con furia.

Suke cayó al suelo, incapaz de moverse. Temblaba de pánico y tenía los ojos anegados de lágrimas. Había recuperado el control de su cuerpo, pero eso significaba que estaba completamente paralizado por el terror. Sus miembros se negaban a responder, aunque sabía que tenía que correr, que tenía que salir de allí.

«Voy a morir», pensó Suke. «Ha funcionado. No como yo esperaba, pero ha funcionado. ¡Y ahora no tengo el valor para hacerle frente, y voy a morir como un cobarde!»

—¿Qué me has hecho? ¡Hijo de perra!—escupió Gayus con el rostro encendido, mientras le pateaba el estómago. Se detuvo para recuperar el aliento, se notaba que le costaba respirar; golpear a un niño era un ejercicio mucho más fatigoso del que estaba habituado. Se frotó los ojos y vaciló, antes de comenzar a quitarse el cinturón—. Habría preferido no llegar a esto, pero tú me has obligado —comenzó a decir mientras se balanceaba de un lado a otro como un borracho—. Después de lo bien que lo pasamos la última vez... Al final eres como los otros: primero pones el culo y después la mano para recoger el dinero. Pues contigo no va haber mano. He pagado ya por ti. He pagado mucho por ti, y voy a cobrarme cada moneda.

—¡No me toques! —chilló Suke. Algo se encendió en su interior. Estaba aterrado, sí, pero también estaba furioso y la ira había despertado a las llamas.

En un instante, las prendas de su agresor empezaron a arder violentamente.

Gayus gritó al ver sus ropas encendidas. Gritó de nuevo, más alto y más agudo, al sentir el fuego lamer su piel. En la expresión de su rostro, se mezclaba el dolor y la desagradable sorpresa de recordar que el muchacho no era un niño común: era un vincto. Algo que implicaba más que una apariencia exótica.

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! —gritó entre alaridos, tirándose al suelo, y protegiéndose la cabeza con los brazos.

Voces al otro lado del pasillo obligaron a Suke a pensar rápido. Corrió hasta la puerta y concentró todo el calor que pudo en el pomo y las bisagras. Estas se fundieron, sellando ambos batientes. La puerta era una pieza de calidad, construida con madera resistente. Les llevaría un tiempo tirarla abajo.

Gayus había dejado de gritar y emitía un sonido extraño, como si se hubiera atragantado, parecía que se estaba ahogando. Con un simple pensamiento, Suke apagó el fuego. Las llamas se extinguieron dejando tras de sí un cuerpo desnudo, salpicado de ampollas. Los ricos ropajes habían quedado reducidos a cenizas y su pelo, también carbonizado, desprendía volutas de humo negro. Las quemaduras no habían sido muy graves, y habría sobrevivido sin muchas marcas. Pero Gayus se agarró el pecho boqueando, con los ojos muy abiertos, intentando hacer llegar el aire a sus pulmones en un esfuerzo estéril. La dedalera, finalmente, había hecho su efecto.



Cuando Katón se materializó le costó ubicarse. Nunca había estado en esa habitación, eso era seguro, no habría olvidado fácilmente la recargada decoración y el horrible tapiz de proporciones gargantuescas, que cubría una de las paredes con algún tipo de escena primaveral. Tardó unos instantes en darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Allí estaba Suke, debatiéndose con la mano de una enorme mole inerte.

—¡Me has mentido! —dijo Katón ardiendo rojo de ira— ¡Me has utilizado! ¡Me prometiste que no me utilizarías para matarlo! ¡Lo prometiste!

—¡Deja eso para más tarde y ayúdame! —exclamó Suke sin dejar de tirar de la mano de Gayus—. ¡No consigo sacar el maldito anillo! Está demasiado gordo.

—Déjalo estar y sal corriendo —dijo Katón, decidiendo aplazar la discusión para cuando estuvieran a salvo.

— ¡No puedo! Si se lo quedan ellos, nada impedirá que vuelvan a cogerme y, después de esto, eliminarán mi voluntad para siempre. ¡No puedo arriesgarme!

Un sonido seco centró la atención de ambos sobre la puerta. Estaban intentando derrumbarla.

— ¡Date prisa! —apremió la pequeña llama.

— ¡Ya lo intento! —Suke dejó de tirar e inspeccionó la habitación. En una de las paredes, cerca del tapiz, había un escudo de armas con dos espadas cortas cruzadas. Un nuevo golpe en la puerta le acabó de convencer. Corrió hacia ellas y descolgó una. No estaba muy afilada pero tendría que valer.

— ¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó Katón, pero ya sabía la respuesta.

Suke extendió el brazo de Gayus en el suelo y marcó con la espada a la altura de la muñeca. Lo había hecho antes, en la cocina, cuarteando conejos. Si lo hacía bien, con un único golpe podría cercenar la mano limpiamente. El truco consistía en no vacilar. Bajó y subió la hoja varias veces antes de tomar impulso y dejar caer el filo. Otro golpe en la puerta rompió su concentración e hizo que errara en el último momento. El corte no fue certero y la mano quedó parcialmente separada del antebrazo. El color blanco del hueso astillado destacaba sobre el rojo de la sangre que manaba a borbotones.

Gayus se dobló sobre sí mismo aullando de dolor. Suke se apartó sobresaltado, pero sin dejar de soltar la espada.

— ¡Pensé que lo habías matado! —gritó Katón elevando su voz por encima de los agónicos alaridos y de los golpes de la puerta que ahora se sucedían con más ímpetu que antes.

Suke no le contestó. En su rostro se dibujó una expresión que nunca antes había visto en él. Se levantó y, con un grito desgarrador, cargó contra su amo atravesando su pecho con la espada.

Los ojos de Gayus, abiertos de par en par, le miraron perplejos mientras la vida los abandonaba. Suke sacó el arma del pecho y la clavó de nuevo, repetidas veces, ensartando una y

otra vez el corazón del hombre. Descargando su rabia, su miedo y su impotencia con cada golpe. Gotas carmesíes resbalaron por sus mejillas, perdiéndose en un torrente silencioso de amargas lágrimas.

— ¡Suke! —gritó Katón sobrecogido. La reacción de su vincire le asustaba, pero más le aterrorizaba lo que le había convertido en la bestia manchada de sangre que tenía enfrente— ¡Suke! —repitió intentando despertar al muchacho del trance en el que parecía inmerso— ¡Tenemos que escapar!

Suke reaccionó. Cogió de nuevo la espada y la descargó sobre el cuerpo de Gayus. Este segundo golpe fue suficiente para que la mano se desprendiera.

En ese momento, un crujido le alertó. Los goznes de la puerta habían empezado a ceder, y la madera de uno de los batientes se había resquebrajado ante los continuos envites. No tardarían en echarla abajo.

—¡Katón! —ordenó— ¡Quémalo todo! Los muebles, los tapices, todo. Retrásalos todo lo que puedas.

Katón obedeció, comenzando por el horrible tapiz. El paisaje primaveral pronto fue pasto de las llamas que se extendieron por toda la habitación. Cuando la puerta finalmente cedió, sus perseguidores encontraron un muro de fuego infranqueable.

\*\*\*

La gente se giraba al verlo pasar, su aspecto era demasiado llamativo. Y no es que a él pareciera importarle; avanzaba con paso rápido, casi corriendo, apenas si se molestaba en esquivar a los transeúntes. Tenía que alejarse de allí; tenía que escapar.

Se escabulló entre las callejas y se escondió en un callejón. Asomó la cabeza para cerciorarse de que nadie le hubiera seguido.

Sintiéndose a salvo, su cuerpo liberó de golpe toda la tensión acumulada, provocando una fuerte sacudida en su estómago. Vomitó. La comida y el desayuno se desparramaron por el suelo. El horrible sabor de la bilis, se mezcló con el de la sangre y el vino, trayéndole a la memoria imágenes que prefería olvidar.

Mareado, se sentó en el suelo mientras todo se nublaba a su alrededor. Miró con repugnancia sus manos manchadas de sangre, y fijó su atención en el hatillo, tirado en el suelo, que empezaba a supurar líquido rojo. De repente, sintió que, simplemente, ya no podía más.

Suke se derrumbó.

Lloró, desconsolado, sin intentar detener los sollozos que salían de su pecho, sin importarle que alguien le oyera. Lloró de dolor, de pena y miedo. Lloró porque sabía que una parte de él había muerto y otra había despertado, y le aterraba.

Lo había conseguido. Era libre, sí, ¡pero a qué precio!





## LA PLAYA DEL FARO

Estaba siendo un octubre inusualmente cálido. Habíamos dejado atrás un verano largo y abrasador, pero el otoño aún no se decidía a hacer acto de aparición. Las noches, ya más frescas que las del asfixiante agosto y pegajoso septiembre, se encontraban sin embargo todavía lejos de convertirse en frías y afiladas, y los días se negaban a desprenderse del cálido letargo estival.

Supongo que fue por todo ello por lo que optamos por un plan tan atípico para la noche de *Halloween*, o víspera de Todos los Santos. Yo apenas podía creer que al final hubiese convencido a mi novio y a una pareja de amigos nuestros para alejarnos de la habitual y ya repetitiva fiesta de disfraces en el *pub* de siempre, y lo cierto es que estaba eufórica. No es que me aburriesen las fiestas de disfraces. Al contrario: las adoraba. Pero cada año, cuando observaba que la víspera de Todos los Santos acababa convirtiéndose en una noche de fiesta idéntica a las que ya disfrutábamos el resto del año, tan sólo enmascarada por colmillos de vampiro y toneladas de pintura facial blanca, sentía que me embargaba una cierta decepción. ¿Dónde quedaban las películas de terror y las historias espeluznantes contadas a la luz de las velas?

Aquel año sería diferente. Aprovechando que el 1 de noviembre era sábado, y teniendo en cuenta el inusual clima del que disfrutábamos, decidimos escaparnos a un pequeño hostel en la costa, a escasos metros de la playa. Teníamos pensado cenar a la orilla del mar y permanecer después allí, a la luz de la luna, tomando algo y contando cuentos terroríficos. El mar, oscuro y misterioso en medio de la noche, se me antojaba un acompañante inmejorable (después de todo, adoraba a Lovecraft), y, además, todo parecía apuntar a que estaríamos solos, o, al menos, bastante solos. El dueño del hostel apenas había ocultado su asombro cuando realizamos la reserva de dos habitaciones dobles para el 31 de octubre. Al fin y al cabo, el comportamiento de la gente siempre tiende a ser mecánico e incuestionable: el verano había terminado, estábamos en temporada baja. No tenía sentido pasar un fin de semana en la playa en octubre, aunque durante el día aún se alcanzasen sin problemas los veinticinco grados.

Nos pusimos en marcha sobre las cinco de la tarde del día 31. En un principio, íbamos a viajar los cuatro en el mismo coche, ya que todos teníamos la tarde libre y no había inconveniente en salir a la misma hora. Sin embargo, un imprevisto de última hora obligó a nuestros amigos a cambiar de planes. No obstante, insistieron en que no era necesario que Sergio, mi

novio, y yo, les esperásemos: podíamos ir haciendo camino sin problemas, y ellos se unirían a nosotros más tarde. No era un viaje largo, en teoría podíamos llegar al hostel en un par de horas, pero terminamos accediendo a salir primero para no hacer esperar al dueño del alojamiento, o por si acaso había problemas para localizarlo. Llevábamos GPS, pero nuestra dilatada experiencia con el aparato nos había enseñado que, en ocasiones, y sobretodo a la hora de dirigirse a destinos rurales y un poco inhóspitos, su ayuda podía resultar más bien insuficiente.

—Bueno, confiemos en que Carlos y Marta sean capaces de llegar solos al hostel, y no terminen perdidos a cientos de kilómetros —comenté, mientras nos poníamos en marcha.

—No deberían, también llevan GPS —respondió Sergio.

—Cariño, parece mentira que con la cantidad de veces que nos hemos perdido con el GPS, sigas confiando tan ciegamente en él. Y, además, Carlos tiene el sentido de la orientación de una piedra.

Sergio se echó a reír.

—En eso tienes razón. ¿Crees que deberíamos haberles esperado y salir los cuatro juntos?

—No sé, han sido ellos los que han insistido en que saliésemos antes. Eso sí, espero que no cambien de opinión a última hora y nos dejen tirados.

—Bueno, nena, eso tampoco sería tan malo —replicó él colocando su mano en mi rodilla—. Siempre podemos convertir la noche de Halloween en algo romántico en lugar de terrorífico.

—¡Ni lo sueñes! —exclamé, con fingida indignación—. Quedamos en que la noche sería terrorífica, y eso es exactamente lo que será.

Entonces no podía ni imaginar hasta qué punto lo sería.

No tardamos en abandonar la autovía. Nos restaba todavía más de la mitad del trayecto, pero éste ya transcurriría casi íntegramente por carreteras nacionales, atravesando innumerables pueblos salpicados de cansinos semáforos. En realidad, no me molestaba demasiado. Me encantaban los viajes en coche.

Aproximadamente tres cuartos de hora después dejamos la nacional para adentrarnos en una carretera secundaria que serpenteaba entre arrozales, y enseguida divisamos la reluciente superficie del mar. El atardecer había teñido de un rojo anaranjado el cielo que se cernía sobre nosotros. El viento que entraba por las ventanillas era tibio y agradable. Supongo que éramos la viva imagen de una pareja feliz y despreocupada de camino a sus relajantes vacaciones de verano, en lugar de dos fanáticos de las historias de terror dispuestos a celebrar la noche de Halloween a la orilla del mar.

—Creo que ya estamos cerca —dijo Sergio.

Ese creo se debía a que el GPS no parecía demasiado consciente de nuestra ubicación: durante el último cuarto de hora se había desconectado dos o tres veces, y no lograba ponerse



de acuerdo consigo mismo acerca del tiempo que nos restaba para llegar a nuestro destino. En ocasiones afirmaba que quedaban unos escasos diez minutos; en otras, más de media hora.

Tras otros veinte minutos serpenteando por la estrecha carretera, sin desembocar en ninguna parte ni cruzarnos con ninguna indicación, Sergio comenzó a ponerse de mal humor.

—Pues estamos bien... —masculó.

El rojo anaranjado del cielo iba tornándose lentamente en violeta. El viento continuaba soplando, meciendo los arrozales con suavidad. No podía evitar sentirme a gusto y que el enfurruñamiento de Sergio me hiciese gracia.

—Va, no te enfades. Al menos el camino es bonito —dije.

—Oh, claro, es bonito. Y, como es bonito, resulta que me da igual pasarme aquí una eternidad dando vueltas sin...

—¡Eh, mira!

Había una indicación a lo lejos, y, en cuanto estuvimos lo suficientemente cerca como para poder leerla, ambos pudimos comprobar que, después de todo, no estábamos perdidos: Playa del Faro — 2 km.

Poco a poco fuimos dejando atrás los arrozales. El camino desembocaba en una explanada sin asfaltar que ostentaba una señal de aparcamiento. Por la parte derecha se expandía un frondoso pinar, y a la izquierda se alejaba un modesto paseo marítimo con bancos de madera cada pocos metros. Más allá se extendía la playa de fina arena blanca. La suave superficie ondulante se encontraba salpicada por palmeras bajas en la parte más próxima al camino. A lo lejos, al final del paseo, unas escaleras de piedra se encaramaban hasta el montículo en el que se alzaba, majestuoso, el faro que daba nombre a la playa. Rodeándolo todo, la interminable superficie azul turquesa del mar abarcaba hasta donde llegaba la vista. El viento, ahora más frío, soplaba húmedo e impregnado de salitre.

—Es precioso —musité.

No había ni un solo vehículo en el aparcamiento, hecho que me resultó extraño de inmediato, y me hizo preguntarme si el dueño del hostel, que sin duda debía encontrarse ya cerca de allí, tendría aparcado su coche en otro lugar.

Aparcamos y cogimos nuestras mochilas, dispuestos a localizar el alojamiento. No costaba demasiado imaginar que la playa debía bullir de vida durante el verano, aunque ahora no había absolutamente nadie. Un diminuto puesto de la Cruz Roja se alzaba a poca distancia de donde nos encontrábamos, cerrado a cal y canto. Dos gaviotas parloteaban encaramadas al tejado. El paseo era austero y solitario, prácticamente virgen de restaurantes y comercios. Pasamos frente a un quiosco y un puesto de perritos calientes, ambos igual de cerrados, y más allá, cerca ya del final, vimos un edificio bajo de fachada oscura y aspecto descuidado. Supuse que era un establecimiento clausurado desde hacía tiempo.

—Pues... ¿dónde se supone que está el hostel? —pregunté.

Nos habíamos detenido frente a uno de los bancos de madera del paseo, y yo acababa de soltar mi mochila. Como de costumbre, había traído una cantidad de equipaje absurdamente enorme.

—El dueño dijo claramente que estaba en el paseo de la playa del Faro... —comentó Sergio, que era quien había llamado para realizar la reserva.

—Pues no lo parece. ¿Crees que es posible que haya... otra playa del Faro?

Sergio me dirigió una mirada de extrañeza.

—Me refiero —continué— a si es posible que esta playa tenga alguna continuación a la que se acceda por otro camino... No sé.

Él guardó silencio, mirando a un lado y a otro del paseo con cierta confusión, como si el hostel fuese a materializarse como por arte de magia tan sólo por observar con mayor atención.

—Ni idea —respondió, al fin—. Pero, de ser así, debería haberme avisado.

—Oye, te guardaste el número de teléfono, ¿no? Podrías llamar. Esté donde esté, supongo que el dueño podrá guiarnos hasta allí.

—Tienes razón.

Me quedé observándole expectante mientras dejaba también su mochila en el banco de madera, sacaba su móvil y buscaba en la agenda el número del hostel.

—Buenas tardes. Soy Sergio Campos, llamé para reservar dos habitaciones dobles para esta noche... Sí. Sí, exacto. Mire, hemos llegado ya, estamos en la playa del Faro, en el paseo... Sí. Pero no localizamos el hostel. ¿Dónde exactamente...? ¿Qué...? Sí, sí. Al final del paseo. Ya. Pues es que estamos aquí, en el paseo, y no vemos nada... No. Sí...

De pronto vi que se retiraba el teléfono de la oreja y lo observaba con perplejidad, como si acabase de darse cuenta de que tenía en la mano un aparato incomprensible.

—Se ha cortado —dijo.

—Vaya... Pero, ¿qué te estaba diciendo?

Sergio se guardó el móvil y me miró, confuso.

—Es muy raro. Dice que el hostel está al final del paseo, justo antes de subir al faro. Pero desde aquí ya podemos ver que eso no es así.

Nos quedamos ambos callados, sin entender nada.

—Aquí hay algo que no cuadra —dijo él.

—Muy agudo, Sherlock —repliqué, con ironía—. Vamos a ver, ¿dónde narices has reservado?

—Oye, sé a dónde quieres ir a parar, pero no podemos habernos equivocado. Estamos en la maldita playa del Faro, al final del maldito paseo marítimo. Tú misma lo estás viendo. Aquí no hay ningún hostel.

Suspiré lentamente, ya un poco malhumorada. Sabía que Sergio tenía razón. No nos habíamos equivocado de camino, y si bien la opción de que existiese una continuación de la playa era una posibilidad, no lo era —o, al menos, no muy lógica— que pudiese existir otro paseo idéntico que terminase en un idéntico faro.

—¿Crees que alguien nos ha... gastado una broma? —aventuré.

Él me miró como si estuviese loca.

—¿Una broma? ¿Qué tipo de broma? ¿Quieres decir algo así como que hemos llamado por error a un particular cualquiera, le hemos preguntado por el Hostal Atalaya, y el tipo ha decidido que vale, bien, podía ser divertido gastarnos la putada de decirnos que...?

—Vale, vale —le corté—. Supongo que es una tontería, pero es que no se me ocurre qué puede haber ocurrido.

Y era verdad. No tenía ni la más mínima idea de lo que estaba pasando, pero sí empezaba a escamarme algún que otro detalle que, en realidad, no me había parecido muy normal desde el principio. Como, por ejemplo, el precio, que era más bien de risa. ¿Cómo podía ser tan barato un hostel situado en primera línea de playa? Por muy decadente que pudiese resultar el lugar, y mucha temporada baja que fuese, aquél no dejaba de ser un enclave privilegiado. Pero no le dije nada a Sergio, pues en verdad no importaba. Aquello, por sí mismo, no podía explicar la situación en la que nos encontrábamos.

—Voy a volver a llamar —dijo él.

Y eso hizo, aunque no sirvió de nada. Nadie respondió.

—¿Qué estáis buscando?

La voz, grave y áspera, nos sobresaltó. Cuando nos dimos la vuelta, observamos que el propietario de la misma era un señor mayor, de alrededor de setenta años, que se encontraba de pie en la playa, cerca de donde nos habíamos detenido. Un perrazo gigantesco caminaba pesadamente a escasa distancia de él, mojándose las patas en la orilla. El hombre llevaba una especie de impermeable largo y de aspecto pesado, y automáticamente pensé que no hacía frío para tanto. Me pareció absurdo el contraste entre el abrigo del viejo y nuestra indumentaria todavía veraniega.

—Buenas tardes —saludé—. Buscamos el Hostal Atalaya.

El hombre guardó silencio durante unos segundos que se me hicieron interminables.

—¿Por qué? —preguntó, al fin, igual de serio y áspero que antes.

Sergio y yo intercambiamos una mirada de perplejidad.

—Nos alojamos allí esta noche —replicó él.

Advertí, por el tono que había empleado en su respuesta, que estaba ya harto de la situación, y que le molestaba haber dado, para colmo, con un viejo entrometido.

—¿Cómo? Eso no es posible —dijo el hombre—. El Atalaya está cerrado desde hace cinco años.

Me quedé sin habla. Hacía ya un rato que todo me parecía muy extraño, y aquellas palabras tan sólo contribuyeron a alimentar dicha extrañeza.

—No puede ser —dije—. Reservamos dos habitaciones para esta noche. Hablamos con el dueño, nos dio esta dirección...

El hombre mayor no parecía especialmente intrigado por nuestra historia. Se limitaba a observarnos como si fuésemos un par de tontos.

—Os habéis equivocado. El Atalaya se quemó hace cinco años. El dueño murió en el incendio. Creo que fue por estas fechas, además. Me parece que no había huéspedes esa noche... Sí, debió ser por estas fechas.

Sentí cómo me envolvía un súbito mareo, como si la realidad que me rodeaba acabase de retorcerse de un modo imposible. Creo que nunca he sido una persona demasiado impresionable, pero no pude evitar que las palabras del viejo me pusiesen los pelos de punta. El viento que soplaba ya no me parecía agradable, sino frío y hostil. El hombre, que continuaba mirándonos, señaló a un punto situado detrás de nosotros.

—Lo tenéis ahí —dijo—. Cerrado, ya os digo.

Y, sin añadir una palabra más, echó a andar cansinamente por la arena, seguido por el perrazo. Sergio y yo nos giramos hacia el punto que había señalado el viejo, aunque en realidad ya sabíamos lo que íbamos a encontrarnos. El edificio abandonado. El edificio al final del paseo marítimo.

Nos aproximamos lentamente, sin decir nada, tal vez para constatar lo que ya parecía bastante claro, lo que se veía a simple vista: que aquel edificio estaba arruinado. Que su aspecto oscuro, ennegrecido, se debía sin duda al incendio. Y, finalmente, también vimos algo más: su nombre, los restos apenas legibles del rótulo. Hostal Atalaya.

Retrocedí asustada, sintiendo una imperiosa necesidad de alejarme de aquel lugar.

—Vámonos —dijo Sergio.

Terminamos en el pueblo, donde nos alegró comprobar que había más vida que en la playa, a pesar de que fuimos incapaces de hablar con nadie más que para encargar los dos cafés que nos tomamos en un diminuto bar de parroquianos. Sergio, tras el impulso de alejarse del hostel (exactamente igual que el que había sentido yo), parecía haberse quedado atrapado en una especie de bucle absurdo consistente en repetir una y otra vez que tenía que haber una explicación lógica, a pesar de que a todas luces se veía que no la había. Trató de nuevo de contactar por teléfono con el dueño del hostel, pero no lo logró.

Yo llamé a Carlos y a Marta, pero ninguno de los dos respondió. No estábamos tan lejos de casa como para no poder regresar sin más, pero no teníamos ni idea de si nuestros amigos se encontraban de camino, así que decidimos no movernos hasta contactar con ellos.

—¿Por qué demonios no contestan? —pregunté, frustrada, aunque sabía que Sergio no podía responderme.

Si estaban de camino, Carlos estaría conduciendo, por lo que, en parte, no resultaba raro que no respondiese al teléfono. Pero me extrañaba mucho que Marta tampoco respondiese. No entendía absolutamente nada, y me sentí todavía más impotente cuando advertí que tenía ganas de llorar. Sólo quería irme a casa.

—Oye —Sergio me cogió las manos por encima de la mesa—. Esto tiene que tener una explicación. De verdad. Seguro que la tiene.

—No la tiene, Sergio, joder, ya lo has visto. El hostel está allí, y está quemado.

—Claro que está, pero eso no demuestra que la persona con la que hablé sea...

—¿Un fantasma?

Él suspiró.

—Mira, creo que lo mejor será que busquemos otro alojamiento —dijo—. Esperaremos allí a que Carlos y Marta den señales de vida. Y luego ya veremos qué hacer.

Era noche cerrada cuando abandonamos el bar. Un murmullo de voces infantiles nos envolvieron en cuanto pusimos un pie en la calle, y entonces vi de dónde provenían: un grupo de niños cubiertos con sábanas blancas agujereadas a la altura de los ojos jugaba en la plaza. Ya casi lo había olvidado: era la noche de Halloween. La imagen me dio escalofríos.

Cogimos una habitación en una pensión baratísima al lado de la iglesia. Era muy pequeña y el cuarto de baño parecía un armario empotrado, pero tampoco nos interesaba buscar algo mejor cuando ni siquiera sabíamos qué íbamos a hacer el resto del fin de semana.

Carlos y Marta continuaron sin responder al teléfono.

En algún momento, y casi sin darnos cuenta, nos quedamos dormidos, pues la señal de llamada de mi móvil nos despertó, sobresaltándonos, cuando comenzó a sonar cerca de las doce, rompiendo en pedazos el silencio de la habitación. Sergio, a mi lado en la cama minúscula, murmuró algo con voz pastosa.

Cogí el móvil. En la pantalla ponía Número desconocido.

—¿Quién? —pregunté, nerviosa.

—¡Por fin! ¿Dónde narices os habéis metido?

Era Carlos. Me quedé perpleja, preguntándome si de verdad había dicho lo que había dicho, o había oído mal.

—¿Carlos? —pregunté.



Sergio se despejó de golpe y se me quedó mirando inquisitivamente.

—¿Dónde estáis? —continué.

Carlos se echó a reír.

—Oye, ¿estás borracha o qué? Te lo acabo de preguntar yo a ti. Se suponía que ibais a llegar antes, ¿no? Habéis hecho alguna paradita, ¿o qué?

—Espera... —comencé, sin saber muy bien qué decir, tratando de procesar a toda velocidad lo que acababa de escuchar—, ¿no habéis visto el móvil? Os he llamado como un millón de veces.

—¿Qué? No, no, a nosotros no nos ha llamado nadie.

—¿Pero qué...?

—Y hace ya un rato que nosotros estamos intentando llamaros y no hay manera. Al final hemos venido a llamar a recepción, por si había algún problema con los móviles.

—¿Recepción?

Sentí cómo se me contraía el estómago y el corazón me martilleaba en el pecho.

—Carlos —dije, despacio.

Sergio me observaba con avidez. Le miré a los ojos, sintiendo que todo daba vueltas a mi alrededor a pesar de estar sentada en la cama.

—¿Qué?

—¿Dónde estáis?

Carlos, de nuevo, se echó a reír.

—Oye, empiezas a preocuparme. ¿Seguro que no estás borracha? —volvió a reír—. Estamos en el hostel, en el Atalaya. ¿Dónde estáis vosotros?

Después de aquello, Sergio dejó de insistir en que debía haber una explicación lógica. Especialmente cuando, tras la llamada, acudimos de nuevo a la playa del Faro y encontramos el coche de Carlos en el parking, vacío. El Hostel Atalaya continuaba tal y como lo habíamos dejado: cerrado, abandonado, quemado.

No encontramos ni rastro de nuestros amigos. Ni entonces, ni nunca.



<http://albisofter.wordpress.com/antologias/>

[antologiasalbis@yahoo.es](mailto:antologiasalbis@yahoo.es)

Esta obra se ofrece de manera gratuita en formato ebook.  
Se permite la copia y la distribución citando la fuente,  
quedando ambas limitadas a usos no comerciales.

La responsabilidad y los derechos de propiedad intelectual  
corresponden a las autoras y han sido cedidos a Albis Ebooks  
únicamente para esta antología.